

El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden *

SERGIO ZERMEÑO

PRESENTACIÓN

Este ensayo propone una hipótesis: que la crisis de progreso de los años ochenta (¿noventa...?) aunada a las acciones neoliberales del gobierno mexicano ha provocado una fuerte *desorganización social*, y pensamos que un fenómeno similar está también teniendo lugar en el resto de América Latina.

A este respecto, comenzaremos analizando la evolución conceptual de las ciencias sociales en la región durante los últimos dos decenios, pues denota claramente la manera en que los grandes actores sociales de América Latina —vistos como clases, masas, campesinado o pueblo, capaces de dar sentido progresista a nuestra historia—, se han ido atomizando, polarizando, depauperando, estancando, desordenando y, en el extremo, han ido cayendo en la violencia desorganizada o en la anomia defensiva.

A continuación, y dejando la panorámica conceptual, trataremos de mostrar que esta dinámica de desorden puede ser y debe ser leída en los diferentes planos sociales, como el *organizacional* (es decir, el de los referentes organizativos básicos de los hombres en sociedad: familia, trabajo, escuela, religión, barrio, comunidad, deporte, creación); el de las instituciones (básicamente políticas, en el sentido más amplio de este término, que permiten que lo social disperso sea agregado de manera más amplia y pueda expresarse, a través del conflicto o no, en el nivel más general de los sujetos colectivos, las identidades sociales, etcétera: partidos, sindicatos, parlamentos, cuerpos empresariales, comunidades eclesiales, confederaciones cívicas, de jornaleros, organizaciones barriales, etcétera); y el plano del Estado, el de la relación Estado-sociedad. ¿Es este panorama de desorden y atomización lo que permite el regreso de los grandes liderazgos populares en América Latina?

* Quiero agradecer los valiosos comentarios que recibí de Joseph Foweraker, Alan Knight, Sara Gordon, Alejandra Masolo, Ignacio Marván, Francisco Pérez Arce y Jorge Cadena.

I

DE MÉRIDA A PORTO ALEGRE: LA RUTA DEL PESIMISMO

¿En qué han cambiado pues las imágenes de los estudiosos europeos y latinoamericanos de nuestros países desde que en 1971, convocados por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, se reunieron en Yucatán para discutir sobre el tema de *Las clases sociales en América Latina* (célebre texto publicado por la editorial Siglo XXI)?

Para decirlo brevemente: una vez que la llamada teoría de la dependencia, con Cardoso y Faletto, puso en claro que nuestras economías se desarrollaban a pesar de (o gracias a), su creciente articulación con la economía mundial (y su punta de lanza: la inversión extranjera), la preocupación central se desplazó de afuera (imperialismo, dependencia...), hacia el plano doméstico, y de la economía (inversión, transferencias, expatriaciones, desarrollo hacia adentro...) a lo social (quedaban atrás Gunder Frank, Dos Santos, Furtado...); entró entonces la euforia por caracterizar la estructura social, y ahí se ubica el referido seminario de Mérida.

Pero este desplazamiento desde lo económico no estaba exento de implicaciones atávicas: había la esperanza de que con el desarrollo se conformarían actores nacionales centrales, verdaderas clases en el sentido decimonónico europeo, y se animó concomitantemente la discusión sobre la marginalidad, el ejército de reserva, la superpoblación relativa (Cardoso, Nun...); las ciencias sociales pasaron un buen rato tratando de responder a la pregunta sobre si lo que estaba en la periferia era o llegaría a ser de la misma materia que lo que se encontraba en el centro, y sobre el problema en torno a la potencialidad revolucionaria de los pobres urbanos (Castells).

Touraine habló en Mérida de la clase popular y de la clase superior que en su lucha por apropiarse de los espacios y los instrumentos que orientan la *historicidad* de una sociedad lograrían con su compleja dialéctica imprimir alguna coherencia al desarrollo. Las imágenes sobre la sociedad dual se vieron desplazadas, aparentemente para siempre, por la idea de un desarrollo combinado, por el espejismo de una articulación creciente de las desigualdades bajo la lógica dominante del capital. En el fondo, una especie de patente garantizaba, en el "imaginario conceptual" de los latinoamericanos, nuestra entrada inexorable al reino de Occidente, algo así como un proceso de modernización irrefrenable.

Por algo Touraine y Poulantzas se permitieron leer en Mérida, a guisa de ponencias, capítulos de sendos libros en preparación que estaban esencialmente dirigidos a explicar el accionar de las clases sociales en las sociedades centrales; *Producción de la sociedad* y *Las clases sociales en el capitalismo hoy* fueron propuestos como paradigmas para la comprensión del escenario social latinoamericano.

Sin embargo, veinte años después preferimos ya no hacer referencia a conceptos tan ordenadores de la sociedad como lo fueron los de modo de

producción, articulación de modos de producción, diacronía, sincronía, tránsito, clases fundamentales, clases subalternas, clases apoyo, gran industria, estructura, superestructura, dominancia, predominancia, etcétera.

DE LA HEGEMONÍA CLASISTA Y ESTATAL A LA VOLUNTAD COLECTIVA

Muy pronto se hizo evidente que en las sociedades en tránsito, como se les llamaba, los agentes dinamizadores no eran los actores en el terreno de lo social (las clases, si se quiere), sino el Estado. En este punto, Barrington Moore y de nuevo Alain Touraine fueron decisivos; la discusión se desplazó entonces hacia ese terreno siguiendo tres trayectorias: la primera, y quizás también la más temprana en los años setenta, fue la ligada a las concepciones ortodoxas del leninismo: conciencia exterior a la masa, convertida en partido revolucionario triunfante que, apoyada en la centralidad de la clase obrera, orienta al todo social, apoderándose del instrumento dirigente privilegiado de las sociedades en vías de desarrollo capitalista: el Estado.

Las otras dos corrientes son concomitantes y parecen responder directamente al fracaso de este voluntarismo revolucionario y de las tendencias políticas a él asociadas, principalmente las referidas a la vía armada.

El ascenso de las dictaduras es entonces analizado desentrañando las implicaciones del neoliberalismo, las doctrinas de la seguridad nacional, la reclusión en lo privado y el congelamiento de la participación colectiva y del sistema político (sindicatos, partidos, parlamento...), bien teorizados por O'Donnell, Garretón, Cavarozzi, Lechner, etcétera.

En su tercera vertiente, el problema del Estado y la política encuentran terreno fértil en la conceptualización gramsciana de la hegemonía, y en 1980, en Morelia, tienen lugar otro congreso y otro texto célebres organizados por el IIS-UNAM: "Hegemonía y alternativas políticas en América Latina" (Siglo XXI, eds.). Ahora no es tanto la centralidad de la clase obrera, la acumulación de fuerzas, el partido o la guerra de movimientos en forma de asalto al poder, lo esencial en el problema de la hegemonía; se trata más bien de una reforma intelectual y moral, de una "síntesis más elevada", capaz de fundir a todos los elementos clasistas, de masas, etcétera, en una "voluntad colectiva nacional-popular". Con esto, las concepciones latinoamericanas se olvidan de las visiones tan ordenadas de "clase" y de "infraestructura", adoptando las evocaciones menos puras de "la cultura popular", el pueblo, la nación. Sin embargo, no desaparece una serie de ordenadores conceptuales importantes: sociedad civil-sociedad política, guerra de movimientos y de posiciones, bloque histórico, clase dirigente y dominante, consenso, revolución pasiva, etcétera (Aricó, Portantiero, Mouffe, De Riz, Laclau...).

DEL MOVIMIENTO OBRERO A LAS IDENTIDADES RESTRINGIDAS

También se desdibujan los actores y los escenarios si volteamos hacia esa otra gran corriente del análisis latinoamericano que se centró en los movimientos sociales: de la euforia por analizar el movimiento obrero derivamos hacia el estudio de las potencialidades revolucionarias de la masa marginal, y de ahí nos interesamos en las manifestaciones defensivas que proliferaron durante las dictaduras militares y la crisis económica de los ochenta. Es decir, de la lucha de clases a los movimientos sociales, a las luchas históricas (más a la manera popular-nacional sugerida en Gramsci y Touraine), para rematar en el estudio de las "identidades restringidas" en movimientos urbanos, derechos humanos, comunidades eclesiales, sindicatos, juventud, mujeres... (Jelin, Calderón, Jacobi, Mainwaring, Krischke, Laserda, Viola, Moisés, Singer, Slater, Castells, Weffort, De Oliveira, R. y F. H., Cardoso, Kowarick, Razeto, Tironi, Valenzuela, Touraine, Lechner, Scherer-Warren, Campero, Hardy, Martínez, Dubet, Ballón, Laserna, Evers, Friedman, Salguero, Fuentes, Arau, Masolo, Mercado, Alonso, Concha, Foweraker, Navarro, Iracheta, Kook, Craig, Harvey, Haber, Rubin, Pezzoli, Monsiváis, Bouchier, Ramírez Sais, Logan, G. de la Rocha, Pérez Arce, Pared, Lomnitz, Marván, Monjardín, Martínez, Marión, Tarres, Tamayo, Romero, C. de Grammont, Canabal, Bartra, Astorga, Sarmiento, Cuevas, Ziccardi, Perló, Schteingart, De la Peña...).

Pablo González Casanova y el Proyecto de la Universidad de las Naciones Unidas que él coordina, también siguieron esta ruta: *Historia de la clase obrera en América Latina y en México* primero; luego los movimientos sociales por países, en especial en México, para derivar de ahí al análisis de la "democracia emergente" en pueblos, colonias, sindicatos, etcétera.

Ante la fragmentación, la desarticulación y la heterogeneidad de los actores históricos, de las clases modernas y de las manifestaciones políticas en un escenario latinoamericano golpeado, al mismo tiempo, por las dictaduras y la severidad de la crisis económica, las visiones de reclutamiento defensivo, identidad restringida y, en una palabra, las visiones en torno a la comunidad, son los ordenadores éticos y conceptuales con que los latinoamericanos comenzamos a pensar nuestra realidad en el primer lustro de esta década.

Sin embargo, avanzados los años ochenta, el asunto se ha visto despojado incluso de su dimensión humanista y solidaria para recrearse en un sombrío escenario desmedidamente negativo.

A la imaginiería en torno a la comunidad se le sustituye con conceptos que derivan de investigaciones más cercanas al medio marginal y que nos hablan de anomia, decadencia, destructividad, desintegración, caos, negatividad, anti-socialidad, deterioro... Fernando Calderón y Elizabeth Jelin se preguntaban, al redactar el citatorio al Coloquio de Porto Alegre en 1988, si aún es posible "pensar en un modelo teórico global de la acción social en la región a partir de la fragmentación y la heterogeneidad de los

movimientos sociales, si estamos ante la generación de un nuevo sistema de acción histórica y de creación de sujetos con capacidad globalizante por la vía de la resignificación simbólica de identidades comunes a partir del reconocimiento de las diferencias; o si más bien estamos entrando en una *fase gris* de racionalización de la acción social”.¹

¿HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA DECADENCIA?

Pero Eugenio Tironi y el Instituto SUR de Chile son más drásticos cuando nos interrogan sobre si no debemos cultivar una *sociología de la decadencia*, en sustitución de una sociología de la modernización. Consideran que en América Latina resultan más pertinentes, hoy, los conceptos de inspiración durkheimiana referentes a la disolución de la cohesión social, a la desintegración de identidades intermedias y a la particularización, o digamos, al repliegue en la esfera individual y atomizada de los miembros de una sociedad; un panorama, nos dice Tironi, de anomia aguda, de desafección generalizada con respecto al orden social y debilitamiento, fusión o desaparición de unidades sociales básicas como las clases, los grupos, los estratos, que dan lugar a formas delincuenciales e individuales de adaptación.²

Alain Touraine y François Dubet comparten muchas de estas preocupaciones. Touraine cita al peruano Matos Mar y coincide en que las referencias anteriores están efectivamente asentadas en el mundo de la exclusión, el de los marginados; pero que este argumento relativiza apenas medianamente lo dicho, pues hablar de los excluidos es hablar de la mayoría y, en esa medida, lo marginal ha regresado como un concepto de preocupación central. Paradójicamente, debemos hacer referencia a “la centralidad de los marginados”. Se trata aquí, sin embargo, de una centralidad destrozada porque en el medio pobre, marginal latinoamericano, encontramos de todo: valores y actitudes comunitarias, delincuenciales, anómicas, populistas, consumistas-integracionistas, añoranzas de pertenencia a una clase proletaria, etcétera. “Son, nos dice Touraine, imágenes en negativo y separadas. Esto significa que lo que sería actor social o, de manera extrema, movimientos sociales, está destrozado”.³ Habla incluso de antimovimientos sociales.

Ahora bien, se trata de formas desintegradas *de algo*, por lo que se puede reimaginar un principio de unidad... intentar encontrar principios integradores, analíticos, en términos de actores y, por qué no, de movimientos sociales.

Sin duda, aquí está un punto nodal de ruptura en la conceptualización en los últimos veinte años: desde que el pensamiento latinoamericano en

¹ F. Calderón y E. Jelin, *Clases y movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires, 1987, Estudios CEDES.

² Eugenio Tironi, “Para una sociología de la decadencia”, en revista *Proposiciones*, núm. 12 Santiago, SUR ediciones.

³ Alan Touraine, “La centralidad de los marginales”, *Proposiciones*, núm. 14, *op. cit.*, p. 218.

ciencias sociales adoptó como referentes indiscutidos la continuidad del desarrollo (a pesar de la dependencia), y la inexorabilidad de la división de la sociedad en clases sociales. En efecto, a pesar del panorama decadente, negativo, destrozado de lo social, estos autores insisten en que debemos buscar “algo” que dé sentido y centro (“principio de unidad”) al escenario, la conformación de actores en lucha por el control del sentido histórico (historicidad) de nuestras sociedades, movimientos sociales e identidades colectivas en medio del caos, si se quiere.

Y es que, para las ciencias sociales en general, es impensable un modelo social sin una etapa futura mejor; no se puede renunciar a la idea de sentido de la historia, porque al hacerlo se tendría que renunciar también al contenido humanista, al principio de que la historia está o debe estar orientada hacia la satisfacción de las necesidades de los hombres y hacia un orden que potencie sus cualidades más elevadas: la comunicación racional, la igualdad de oportunidades, la concordia, el incremento de la cultura y el cultivo de las artes, el cuidado del cuerpo, etcétera.

DESESPERANZA ANÓMICA Y ANHELO DE INTEGRACIÓN

En medio de esta discusión entre, por un lado, la búsqueda de principios unificadores, y de algún sentido; o bien, por el otro, la fragmentación, la opacidad, el estancamiento, Fernando Calderón y Mario Dos Santos, en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, organizaron en 1987 otro seminario célebre: “Modernidad y post-modernidad en América Latina”, y por su parte, en el mismo año y con las mismas preocupaciones, Eugenio Tironi, Javier Martínez, Guillermo Campero y el equipo del Instituto sur de Chile convocaron a un seminario sobre “Movimientos sociales urbano populares y procesos de democratización.”

Es difícil decir si hubo conclusiones de Buenos Aires y de Santiago, y cuáles fueron; pero tomemos algunos riesgos: digamos que ahí se puso de manifiesto el pasaje, desde una visión analítica en términos de actores y movimientos sociales, hasta otra en donde la preocupación se centró en las identidades colectivas; o, más bien, en la dificultad para denotar identidades consistentes en el tiempo, orgánicas si se quiere: una especie de desconstrucción de las endeblez identidades previas (ya no digamos de clase, pero incluso popular-nacionales, comunitarias, de género, generacionales, etcétera), como desnaturalizadas por la propagación irrefrenable de la pobreza.

Se advierte una tendencia a erradicar la idea de tránsito; se rechaza que todo ese desorden sea pasajero, simples males necesarios en la ruta hacia la modernización. A esta “crisis de historicidad industrialista”, como la llama Calderón, correspondería una “sociología de la decadencia” que se propone “comprender esas situaciones en su estructura funcional” (Tironi). Predomina entonces un enfoque sincrónico en las ciencias sociales, que se resiste a ser calificado como franca *sociología negativa*, de formas estancadas, de pérdida de sentido y que se esfuerza por reconstruir coherentemente

y en términos de movimientos sociales y de recreación de identidades colectivas el mundo de los excluidos, tomando como eje su anhelo de integración; los marginados no podrían ser reducidos, según esto, a una masa anómica, desintegrada de la sociedad; apenas redimible "en torno a la fe y las iglesias, con pautas de acción puramente expresivas y afectivas, sugestionable por liderazgos proféticos de cualquier signo ideológico. Lo que se observa, al contrario, es una lógica instrumental agudizada por los requerimientos de la sobrevivencia... Los pobladores muestran una fuerte adhesión cultural al sistema y una incorporación ya irreversible al orden urbano al que pertenecen por más de una generación. Por ende reclaman *participación*, no ruptura, más apoyo del Estado, no más autonomía; acceso a la industria, no talleres de auto-subsistencia; un espacio en la cultura moderna, no la reducción en el folclor".⁴

Hay pues, al mismo tiempo, en la conceptualización de Latinoamérica, una aceptación de lo estancado, de los modelos sincrónicos, etcétera, pero llegados a ese punto, y aunque se enuncie repetidamente, no se quiere aceptar el segundo paso: el del relajamiento anómico, el decadente, el de la degradación humana, y entonces se opta por una especie de matriz estructuralista que acepta la ausencia de evolución progresiva, pero *se mueve en la sincronía*. En medio del estancamiento, Tironi descubre una estructura funcional con base en el anhelo de integración; y Touraine, a partir de elementos de acción destrozados, encuentra nociones y fuerzas que corresponden al proceso futuro, al de los movimientos sociales europeos.⁵

Digamos francamente que, llegados a este punto, la sociología latinoamericana se encuentra en una ambigüedad, y lo que nos dará cierta luz al respecto será sin duda una adecuada interpretación de la crisis desarrollista que estamos viviendo. Así, la ambigüedad tiende a establecer un divorcio también en el seno de las ciencias sociales: los economistas, los planificadores, los científicos políticos, ven la crisis como una interrupción momentánea en el camino de la modernización, mientras que en la sociología, la antropología y la psicología tiende a predominar un registro en términos de depresión, desesperanza, ausencia de futuro. Por su parte los determinantes económicos externos se vuelven más severos, lo que lleva al primer grupo de científicos a explicaciones a partir de la deuda, la descapitalización, el intercambio desigual, un regreso de la mentalidad dependen-

⁴ Eugenio Tironi, "Pobladores e integración social", en *Proposiciones*, núm. 14, p. 78.

⁵ Así también Benjamin, Horkheimer y Adorno rechazaron por medio de una "negación crítica" a la historia como progreso inexorable, como visión racionalista idealista y progresiva, como ley dialéctica que funciona independientemente de las acciones humanas hacia una sociedad sin clases. Pero a pesar de su tendencia natural hacia un "lógica de la desintegración", mantuvieron la concepción de que la historia consistía en una lucha por liberar a la conciencia de su subordinación a lo dado, una habilidad para descubrir lo nuevo a partir de las potencialidades del material presente (Susan Buch Morss, *Origen de la dialéctica negativa*, México, 1981, Siglo XXI, editores).

tista, en donde la pobreza aparece como falla productiva, mientras que antropólogos, sociólogos y culturólogos se concentran, azorados, en describir la pobreza como deshumanización, como deterioro de la persona humana (regreso a la barbarie); se desvanece entonces el enfoque en términos de actores sociales en lucha por orientar el sentido de la historia (para ya no hablar de lucha de clases).

II

EL DOBLE DESORDEN

Sabemos sobradamente y tenemos datos de lo que nos está pasando: nos lo resumió en julio de 1988 en Montevideo un grupo de especialistas latinoamericanos durante el *Encuentro de políticas sociales para la erradicación de la pobreza*: En 1970 la población pobre de la región era del 41%, y en 1980 sólo del 35%, pero en los cinco primeros años de nuestro decenio regresamos a las cifras de 1970. En números absolutos, en 1985 había un 25% más de pobres que al comenzar los ochenta, y la fuerza laboral estaba desempleada o subempleada en un 44%, afectándose de manera dramática el enganche laboral de la juventud. El PIB cayó de alrededor del 6% a -3% en el quinquenio, y el producto per cápita disminuyó en un 9%; lo mismo pasó con la inversión (entre 1980 y 1983 disminuyó del 27% al 19% con respecto al PIB en Brasil, del 28 al 17 en México, del 23 al 15 en Argentina, con los casos dramáticos de Bolivia: 22 al 4 y Chile: 17 al 6). Disminuye la participación latinoamericana en el comercio mundial; la innovación tecnológica es prácticamente nula, la tasa de sindicalización es francamente regresiva; el mercado interior se reduce al ser deprimidos los salarios en una búsqueda vana por pagar la deuda y al mismo tiempo ser competitivos en mercados internacionales que se vuelven proteccionistas. Los rubros que aumentan exponencialmente son: la inseguridad en todas las ciudades, la especulación financiera y la exportación de capitales.

Todo esto lo sabemos, de manera que la pregunta fundamental en los paradigmas latinoamericanos pasa a ser otra: ¿se trata de una crisis pasajera, aunque sin duda drástica, como la de los años treinta?, ¿o se trata de un oscurecimiento que, a juzgar por ciertos pronósticos, nos llevará al cambio de milenio en una situación de caos y deterioro profundo? O se trata, en fin, del inicio de un cambio severo, de un reacomodo general que hará variar completamente la velocidad: un asunto de mucho más largo plazo que convertirá en mero espejismo utópico la pretensión racionalista del dominio creciente del hombre sobre la naturaleza que, agotada, no resiste más la progresión del consumismo dilapidador.

Algunos autores recuerdan que el desorden, el desempleo, la pobreza y el utilitarismo salvaje de "cada quien para sí mismo" que se observa hoy en América Latina no son distintos de lo que se vivía en Nueva York en 1890, o en Londres y París en 1750, "el mundo de que nos hablan las novelas del siglo XVIII, ese mundo de bandidos, de costureras, de prostitutas, todos

empeñados en participar del dinero, del comercio".⁶ De manera que según esto no habría razones para dramatizar lo que pasa; y algo más: la progresión demográfica de la región comienza a dejar de ser alarmante.

Es muy difícil tomar una posición frente a tendencias históricas de talla tan superior, pero quizás podamos apelar a referentes más manejables en el mediano plazo. Enunciémoslo así: América Latina vive un doble desorden: primero, el que está implicado en la salida del orden tradicional y en el crecimiento acelerado (mucho más rápido, por ejemplo, que el de los EEUU durante su despegue: 4.8 entre 1870 y 1906 contra 5.5 de América Latina entre 1950 y 1980).⁷ Se trata de un impacto modernizador en la urbanización, en la industrialización, sobre una matriz social en ocasiones completamente ajena al medio europeo que sirvió de cuna al industrialismo; resultado: explosión demográfica, urbanización salvaje, degradación ecológica...

Pero más brutal resulta la segunda fuente de desorden porque, una vez instalada en esta lógica de alto dinamismo, América se impacta sin la menor previsión contra el muro del estancamiento. Algunos países aceleran y frenan con ritmos más comprensibles: Argentina, por ejemplo, se industrializa desde muy temprano; su población es de país moderno, en el sentido europeo, y su estancamiento se ha venido presentando desde hace varios lustros. Pero en el otro extremo encontramos a un México arropado en la tradición y en su herencia hasta bien entrado el siglo, que en tres decenios prácticamente se muda a vivir en las ciudades, con una prole que la adopción de la medicina moderna se encarga de mantener viva demandando educación.

Todo ello fue más o menos compatible entre sí gracias a un sistema populista de alta participación y a unos recursos públicos derivados del *boom* petrolero hasta el año 1982. Así que en sólo un sexenio se ha producido el desastre, la conjunción de un doble desorden agudizado. Se alargó demasiado este fenómeno que podemos llamar "el populismo tardío mexicano".

Habremos de decir, en fin, trátese de una crisis global de Occidente o no, que el doble desorden mencionado no será reconstruido o reconducido en pocos años. La aceleración y luego el impacto han sido severos, de manera que entender lo que ha pasado o inventar un nuevo orden para la pedacería, cualquiera que éste sea, sumirá a las ciencias sociales latinoamericanas en cavilaciones que quizá no estén alejadas del pesimismo y la negatividad a que hicimos referencia, y que a tientas estamos queriendo denotar con el término elegante, lleno de armonía, esteticismo y asepsia cultural de postmodernidad: *kitch* purificado y homogeneizado por su exhibición en Soho, Vendôme o Corrientes.

Hay otros fenómenos que pueden afectar a fondo el orden de una sociedad, como son las invasiones, las mezclas racionales abruptas, las derrotas militares, las catástrofes naturales, etcétera. Al desorden provocado por el paso brusco de una sociedad tradicional a una industrializada, algunos

⁶ Alain Touraine, "La centralidad de los marginales", en *op. cit.*, p. 216.

⁷ Víctor Tokman y Norberto García, citados por A. Touraine, *La Parole et le Sang, Politique et Société en Amérique Latine*, Paris, 1988; Editions Odile Jacob, p. 32.

sociólogos como Durkheim se han referido con el término de "anomia", y otros, más contemporáneos, con el de heterogeneidad o desarticulación. Para hablar de los ejemplos sociales negativos provocados por una crisis de estancamiento, muchos autores se han servido de las imágenes de desmoralización colectiva, depresión que prohija liderazgos autoritarios, etcétera. Pero quizá debiéramos tener un concepto para nombrar el fenómeno que acontece cuando una misma sociedad, en un corto lapso, debe hacer frente al doble desorden aquí referido (aunque en el caso de la ciudad de México habría que agregar el terremoto de 1985).

III

EXCLUSIÓN E INDIVIDUACIÓN ANÓMICA

Nos parece entonces que esta referencia al desorden es central para la comprensión de nuestras sociedades en este fin de de siglo, pero es preciso poner en claro que con ello se está intentando una caracterización social-sociológica, es decir, se está intentando describir el estado normal-global de funcionamiento de lo social y no sus situaciones de excepción. Al respecto veamos tres ejemplos:

a) Nuestros argumentos no están necesariamente en contradicción, por ejemplo, con el espíritu de un ensayo de Carlos Monsiváis que se titula "La sociedad que se organiza" en el que el autor se interesa por analizar el ascenso de algunas de las principales luchas sociales y situaciones de urgencia durante nuestra década: las organizaciones, identidades y solidaridades generadas a partir del terremoto; la COCEI en Juchitán; el movimiento estudiantil ceuísta, etcétera. Es lo propio de las luchas sociales y de las situaciones extraordinarias definir un principio de adversidad y organizarse para luchar en contra de él y en favor de unos objetivos que cohesionan la identidad colectiva que así se genera. Es lo propio también de cualquier sociedad estar viendo surgir estas situaciones aquí y allá. Pero el seguimiento de estos acontecimientos no debe llevarnos a caracterizar a la sociedad global-normal con los mismos parámetros que las situaciones de excepción en que se desarrollan las luchas sociales, a menos que estemos frente a una crisis generalizada del orden. Son pues tres cosas diferentes la desorganización social anómica, el ordenamiento de posiciones propio de toda lucha social y la crisis generalizada del orden. Estos últimos pueden conducir en el extremo a un reordenamiento casi militarizado de la sociedad; la primera, regularmente constituye un fenómeno soterrado defensivo, cotidiano, poco espectacular, de degradación más que de heroísmo, generalizado más que localizado, social más que político y de base-disperso, más que de vanguardia organizada.

b) De aquí que venga al caso una segunda aclaración: no se puede rebatir la propuesta de la desorganización anómica con el argumento de que estamos viviendo en la proliferación de las organizaciones y los partidos políticos, pues aquí tampoco estaremos discutiendo en el mismo plano, y es muy probable, como veremos más adelante, que una hiperactividad en el plano del sistema po-

lítico (partidos, parlamentos, sindicatos, etcétera) sea concomitante, oculte y en ocasiones hasta genere una desmovilización, pulverización y desidentidad de base. c) A la propuesta del desorden social creciente, no podemos tampoco oponer, si queremos mantenernos en un plano homogéneo, el argumento del ascenso de lo popular en el paisaje urbano. Como veremos más adelante, puede haber una proliferación irrefrenable de la pobreza en todos los puntos de la urbe, sin que ello vaya necesariamente a repercutir en formas de identidad y organizativas de esos excluidos. El ascenso de lo popular, o digamos, la mayor visibilidad de lo popular, no asegura nada la conformación de un "sujeto popular".

Hechas estas aclaraciones, regresemos a nuestro tema: no cabe duda de que el doble desorden referido va a repercutir severamente en la desarticulación de los referentes organizacionales básicos de la sociedad que enunciamos, y va a generar reacciones "enfermas" que afecten severamente los principios éticos hasta provocar, incluso, una confusión de los valores culturales. Veremos que eso comienza a ser evidente entre los sectores populares de una enorme ciudad como la de México; sectores crecientes, cada vez más deprimidos económicamente y sujetos a una severa exclusión cultural y política, por más que en su nombre se elaboren todos los discursos de la sociedad integrada. Nos apoyamos, en este inciso, en algunos resultados de un estudio sobre la juventud popular en el D. F.⁸

Llamamos la atención inmediatamente sobre el hecho de que los jóvenes entre 12 y 24 años representarían, según el censo de 1980, más de una cuarta parte de la población (*poco más de 50 sobre 80 millones de mexicanos que somos tienen menos de 24 años de edad*), de manera que estaríamos hablando de un agregado representativo no sólo cuantitativamente, sino sobre todo en términos de futuro (aproximadamente cinco millones de jóvenes del área metropolitana forman parte del sector popular, y en una estimación muy gruesa, uno de cada diez pertenecería o se encontraría muy cerca de una "banda juvenil" con nombre y territorio definidos). Algunos otros datos nos informan sobre la magnitud global del fenómeno: entre 1985 y 1990 ocho millones de jóvenes habrían intentado, sin mucho éxito, ingresar al mercado de trabajo, en un país cuya economía decreció en términos absolutos entre 1982 y 1988. Así, se presume que la participación de la llamada "economía informal" ha alcanzado ya un 40% del PIB y, con respecto a éste, la inversión en educación pasó del 3.9% al 2.0% entre 1982 y 1986 (en 1984 el gasto per cápita en educación fue equivalente al 60% del de 1982, en salud el 70% y en seguridad social el 75%; Nora Lustig, *Nexos*, núm. 128, agosto de 1988).

En estas condiciones, las expectativas de formar parte de un colectivo de asalariados que conlleva el ser joven (para ya no hablar de proletarianización), de acceder a una disciplina laboral, a una pertenencia sindical, a una dinámica de negociación-confrontación, se vuelven aquí referentes

⁸ Héctor Castillo, Sergio Zermeño y Alicia Ziccardi. *La juventud popular en el D. F.* (resultados preliminares) informe presentado al Departamento del D. F., Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, noviembre de 1988 (mimeo).

sumamente extraños, y lo mismo pasa con el sistema escolar posterior a la primera, cada vez menos capaz de dar organicidad a esta masa en crecimiento; por lo demás, también el joven se vuelve escéptico con respecto de los beneficios de la escolaridad, porque ésta, al no fundar el conocimiento en una experiencia inmediata, se convierte cada vez más en un distintivo de las capas mejor integradas de la sociedad. Por su parte, las agrupaciones políticas y culturales, así como las agencias gubernamentales, pierden su atractivo como canales de los que se puede esperar algo, al ver reducidos sus recursos y su influencia, y no van más allá de una presencia puntual, pasajera, organizando eventos deportivos o festivales musicales. Tampoco la religión y la iglesia, que en el medio marginal encuentran terreno favorable, parecen lograr entre la juventud una audiencia proporcional con su enorme paso cuantitativo.

Pero quizás lo más novedoso y lo más grave en este relajamiento de los principios de integración modernizante y de los referentes organizacionales de la situación juvenil sea lo que sucede con la familia.

La familia compuesta y extensa, que constituye una defensa contra la pobreza, implica ya una mayor independencia de los hijos con respecto a los padres; pero cuando a lo anterior se agregan los efectos de una crisis económica rápida, profunda y generalizada, la familia tiende a limitar sus escasos recursos a sus miembros más vulnerables. Los jóvenes buscan entonces valerse por sí mismos fuera de ese núcleo. La "banda" (incluso de mujeres) se constituye en una nueva asociación defensiva en condiciones críticas. Sin embargo, llevado a su extremo, este aspecto ha alimentado una visión un poco romántica y esperanzada de las bandas juveniles, en donde estas nuevas solidaridades, al organizarse en grupos reducidos, "de base", serían capaces de confrontar problemas muy concretos relacionados con la subsistencia. Una sociabilidad alternativa se estaría desarrollando, según esta visión, con base en un lenguaje diferente, una vestimenta genuina, manifestaciones específicas en el teatro, en la música rock, en la pintura callejera. Nuevas formas de solidaridad estarían, según esto, implicadas, de manera que la defensa contra la brutalidad policiaca y las condiciones de precariedad extremas fortalecen vínculos de compromiso colectivo, de rechazo a la visión individualista-heroica, y ponen incluso en tela de juicio el liderazgo por tratarse de algo corruptible.

A una visión de este tipo hay que oponer una más realista. Para ello nos es de utilidad la comparación con algunos países latinoamericanos: desintegración e inestabilidad laboral, nula organización sindical, descomposición y ruptura de la cohesión familiar, exclusión política, escolaridad deficiente, religiosidad cuestionada, representaciones políticas rechazadas, urbanización salvaje, crisis desarrollista, etcétera, constituyen un complejo que varía de una sociedad a otra. Quién puede dudar de que en el caso chileno la presencia de un Estado militar autoritario haya empujado a los pobres de la ciudad, organizados en "poblaciones", a desarrollar una gran identidad defensiva, una actividad de "guerreros" defendiendo un

territorio, ante el asalto domiciliario de las fuerzas del orden, cerrando el barrio con barricadas de neumáticos encendidos. En esa medida, solidificaron identidades colectivas que en muchas situaciones y, en particular, en los enfrentamientos de 1983-84, tuvieron la fuerza para sobreponerse al estado de anomia defensiva, atomización, desorganización y ausencia de futuro a que nos hemos referido. Esto permite localizar nítidamente un adversario, e incluso reconstruir la comunidad como principio heroico. Lo mismo se podría decir de países como el Perú, por ejemplo, en donde un deficiente mestizaje, una ruptura racial-regional, una oligarquía altamente diferenciada con respecto al pueblo, etcétera, conducen a estos marginados o excluidos a adoptar conductas populares-radicales más definidas, particularmente en el caso de la juventud, como lo ha mostrado Julio Cotler, y en donde podría hablarse hasta de la recreación de una cultura "chicha" (fusión de cumbia colombiana, guaracha cubana y huaino serrano con instrumentación electrónica), a que ha hecho referencia Matos Mar. Sería ocioso recordar lo que ha sido capaz de lograr la guerra antiimperialista nicaragüense cohesionando una identidad en torno a un objetivo. En fin, habremos de subrayar que el fenómeno de las comunidades eclesiales de base y otras formas religiosas de asociación, como el pentecostalismo, se han constituido en América Latina, y en especial en países como el Brasil, en poderosos instrumentos para combatir el desarraigo social a través de la recuperación del grupo primario, en torno a una red de relaciones afectivas y valores compartidos (ayuda mutua, cooperación, solidaridad, derechos humanos).

El panorama en México es altamente ilustrativo, porque la ausencia de una pertenencia nítida a un colectivo religioso, la imposibilidad para reconstruir una identidad étnica en contraposición con una oligarquía racialmente diferenciada, la escasa aversión contra un Estado que no es descaradamente autoritario y represivo como el chileno, dificultan la instauración de una identidad de los excluidos. La situación de exclusión económica puede ser extrema, en consecuencia, sin que esto se traduzca en una identidad de los excluidos en torno a un adversario.

Así, en lugar de que las conductas de los marginados y, en especial las conductas de los jóvenes del medio popular urbano, tiendan a la confrontación, a la ruptura con la sociedad integrada, con las autoridades gubernamentales o con alguna forma estatal, y en lugar de que estas conductas conduzcan a la recreación de un refugio comunitario (barrio, cooperativa, desheredados, excluidos), estos actores tienden más bien al retraimiento en el pequeño grupo, en la pandilla o banda y, en el extremo, al retraimiento en el individuo mismo.

Sin esperanza para el futuro, porque la crisis económica prolifera hasta convertirse en apatía, sin un respaldo en la comunidad, porque hasta el apoyo de la familia y de la banda se difuminan, sin adversario nítido o principio ético de identidad, la juventud mexicana tiende a una situación de descomposición, de inorganicidad, de retraimiento que la conduce,

en el extremo, al refugio individual, a la introversión, a la crisis personal, a la destrucción de las capacidades del sujeto para la integración social, a la indiferencia y al olvido, situación no lejana del “conformismo delincuencia”, ayudada por drogas y todo tipo de productos tóxicos. Se crea así un medio de delincuencia, en que las primeras víctimas son a menudo los mismos habitantes del barrio... Esta lógica de cada uno para sí mismo se opone a la imaginiería que se ha propagado sobre los grupos marginales, esa comunidad complacientemente descrita por muchos investigadores y militantes; el medio barrial hay que verlo también como el universo del egoísmo, de la guerra de todos contra todos, de la envidia, de la ley del fuerte y del más hábil.

Es extremo en estas condiciones el desorden valorativo; hay de todo, en coexistencia desarticulada y contradictoria de visiones disímboles: por momentos el joven asocia vivencias que afirman su *solidaridad grupal* igualitaria, producto de un entorno amenazante (Warriors, Colors), con una *imaginiería individualista* alimentada por los medios de comunicación, que resaltan la figura heroica, épica (Mad Max, Rambo) y mezclan también la *visión utópica de la Gran Comuna*, la imagen que ha quedado en la mente de los jóvenes del festival de Avándaro hace 15 años, sus narraciones sobre los viajes para asistir a los congresos de bandas en ciudades de provincia, las evocaciones de Bob Marley... y todo ello al lado de una *fascinación por el líder* populista disidente como Cuauhtémoc Cárdenas o, en otro nivel, Alejandro Lora, cantante y compositor del TRI, el grupo de rock con más influencia entre la juventud popular mexicana y Andrés Castellanos, líder del Consejo Popular Juvenil, amplio frente de bandas de la zona poniente de la ciudad. Lo que no aparece con facilidad en esta imaginiería caótica es un *referente de clase o proletario*. Hay un franco rechazo hacia el trabajo que implique encierro, cadencias definidas y horarios rígidos; parecen inclinarse por el autoempleo en espacios abiertos o por la secundaria abierta en el caso de la educación. Sin embargo, por encima de todas estas referencias asociadas al comunitarismo, al populismo, a la situación de clase, al racismo, al individualismo consumista, etcétera, o, podríamos decir más bien, en medio de toda esa pluridimensionalidad, es el retraimiento, la “individuación anómica” y en alguna medida el llamado “conformismo delincuencia” lo que parece caracterizar a esa mayoritaria masa de jóvenes mexicanos paupérrimos, habitantes de las grandes urbes; una especie de atomización defensiva, del pequeño clan inconsciente, sin tradición ni proyecto.

Hay aquí una tendencia evidente a la pérdida de una idea global de la sociedad; el joven vive un hedonismo de su cultura marginal y gusta de hablar frente a la grabadora, de ser fotografiado y filmado; es la identidad del pequeño grupo y de sí mismo la que prevalece, pero nunca plantea su situación en una relación amplia con la sociedad global en términos de “relaciones sociales”. No hay entonces una relación con un adversario en términos de actores globalizadores en lucha por apropiarse

la orientación del todo social (trabajadores organizados contra propietarios de los medios de producción), ¡qué esperanza!; lo que existe es refugio, exclusión, resentimiento, negación, rechazo, rabia, impotencia, retraimiento. En estas condiciones, y yendo al extremo, se ve también arrasada la idea de comunidad, volviéndose casi imposible lo que en otras partes ha sido la defensa de los derechos humanos desde la opresión, exaltación de la persona humana, espacios de recreación de las comunidades eclesiales, concientización a partir del dolor de las madres en búsqueda de sus hijos.

Existe más bien una ridiculización del sufrimiento, un tipo de principios valorativos que pueden llegar al extremo de “elevar” al rango de admirable y respetable el aniquilamiento del otro, la violencia, la crueldad prepotente del asaltante, el machismo, la violación, la aparente indiferencia ante las indispensables marcas y mutilaciones que sobre el propio cuerpo denotan la violencia pasada o reciente: culto al heroísmo, pero de manera paradójicamente despectiva, indiferencia ante el dolor...

Parece tratarse de una exclusión que puede conducir a la autodestrucción y dificulta una identidad constructiva con quienes se encuentran en situación semejante. Dejemos, sin embargo, hasta aquí la situación extrema de estos jóvenes y regresemos a la sociedad global.

IV

IDENTIDADES COLECTIVAS INTERMEDIAS (APARATOS, ORGANIZACIONES, MOVIMIENTOS, ASOCIACIONES)

Hemos oído repetidamente argumentar que, debido al recorte brusco de los aparatos y presupuestos asistenciales u orientados al bienestar social, el Estado abre, en su retirada, enormes espacios que estarían siendo llenados por “nuevas sociabilidades”, nuevas formas de organización social para afrontar la crisis, nuevas identidades colectivas, las cuales dejan al desnudo el poder, la centralidad y el autoritarismo histórico de ese Estado mexicano. Así, abonada por la proliferación de la pobreza, se estaría creando una aversión Gobierno-Pueblo, lo que explicaría la pérdida de legitimidad de todo el sistema político. Esta hipótesis tiene que ser ponderada.

Proliferación de los excluidos sin surgimiento de un sujeto popular

Probablemente entre las clases medias, cuyas luchas no están exentas de los fenómenos de la discontinuidad vía la cooptación de sus liderazgos y la atomización de sus bases sociales y sus organizaciones intermedias, la crisis haya provocado el embarnecimiento de sus formas de participación social; el auge electoral y partidista de los mexicanos durante los años ochenta lo denota, así como la mayor visibilidad parlamentaria y la de algunos sindicatos, y su más combativa expresión a través de los medios

de comunicación. Probablemente también éste haya sido el caso de algunos grupos populares en situación extrema de lucha por la regulación predial o en situación catastrófica (debido al sismo de 1985, en particular), o en barrios, pueblos y colonias con gran tradición comunitaria, con actividades productivas y comerciales compartidas o con una posición defensiva ante el crecimiento de la gran urbe (organizaciones de damnificados por el sismo, organizaciones de asentamientos recientes e irregulares, como San Miguel Teotongo; barrios comerciales como Tepito, los pueblos y colonias del Sur del D. F., el Consejo Popular Juvenil de Santa Fe, etcétera, etcétera).

Pero cabe inmediatamente la duda de si no se trata de faroles muy dispersos en el ancho mar de la exclusión, cuando constatamos los enormes problemas que han afrontado las organizaciones y coordinadoras de damnificados, de colonos, etcétera, y cuando los vemos incluso debilitarse, dividirse, afiliarse y desconectarse "hacia arriba", mientras se agudiza la situación apremiante de sus afiliados reales y potenciales. La exclusión no se convierte en identidad de los excluidos; o digamos: se puede hablar de la proliferación de lo popular, del pueblo, de la economía informal en el paisaje urbano (en las esquinas, en las salidas del metro, en el Zócalo, en las oficinas de gestión de la ciudad, en los parques, en el *campus*...) sin que se pueda constatar una identidad de los excluidos: habría emergencia de lo popular sin sujeto popular. Habría, al mismo tiempo, de pauperización, polarización social, dualización si se quiere, pero también un *continuum* entre los polos, una ausencia de identidad en el polo mayoritario y paupérrimo. Repasemos algunos mecanismos de este fenómeno de la destrucción de la identidad principalmente en el mundo de los excluidos, pero que en muchos aspectos involucra también a los medios más integrados.

1. *Pulverización por el empleo*

En primer lugar es necesario acercarse a las formas de sobrevivencia material de los pobres en las urbes para comprobar que sus tipos de empleo los atomizan, los aíslan extremadamente, dado que quienes se declaran ocupados se localizan en las posiciones más marginales de la estratificación ocupacional y dado que la importancia de los que trabajan en el sector productivo es escasa (los jóvenes son los más afectados por el desempleo, naturalmente). Esto dificulta la solidaridad con los compañeros de trabajo, hay ausencia de experiencias asociativas, puesto que desaparece la noción de *un* lugar de trabajo y de *un* horario compartido.

2. *Marcada jerarquización*

Coadyuva a romper, a desdibujar la separación incluidos-excluidos, la marcada jerarquización de estos últimos: en efecto, cuando se analiza la estructura del empleo en este medio, uno encuentra que la división

entre empleados y desocupados es totalmente insuficiente porque en realidad hay: gente con trabajo, subempleados, desempleados y excluidos. Así, podría afirmarse que en América Latina, después de un largo período de crisis económica y de desocupación, un alto porcentaje de la población pobre tiene una actividad de subsistencia por cuenta propia de muy desigual rendimiento, que la jerarquiza fuertemente en su interior, al grado de hacer inoperantes los encasillamientos hacendarios, los instrumentos de injerencia estatal en general y la división entre ocupados, subempleados y desocupados.⁹

3. *Desidentidad comunitaria y asociativa*

En México, como en todas partes, hay una disminución del gasto público para beneficio social, pero se ha tenido mucho cuidado de no llegar al extremo de empujar a los excluidos a formar asociaciones de supervivencia barrial, como las "ollas populares" o, "de compra juntos", etcétera, que han contribuido a estrechar lazos de solidaridad comunitaria y asociativa. Se ha optado entonces por inversiones públicas dirigidas a asegurar los mínimos nutricionales extremos previos a las situaciones de hambre y aquí destaca el programa de "tortibonos" y el de leche (Liconsa) que legitima, entre otras cosas, al partido del Estado y a los sindicatos a él afiliados, que se encargan de su distribución (por el contrario, se debilita a la CONASUPO en su tradicional función de abatir costos de la canasta básica en su conjunto).

4. *Sistema político y miniconcertación*

Sin embargo, los grandes aparatos de la época de esplendor populista han dejado de articular la relación Estado-excluidos. Dicho de otra manera, el PRI, las secretarías de salud, alimentación, bienestar social, y el sistema partidista en su totalidad, el parlamento y las grandes centrales sindicales ya no son las arenas institucionalizadas de concertación social típicas del sistema político, los canales de mediación a través de los cuales son atendidas las demandas de amplios sectores de la población. Todos esos aparatos, pero particularmente el sistema de partidos y el parlamento, parecen mantenerse como lugares en donde se expresa el malestar y se resuelven algunas demandas de los sectores integrados, particularmente de las clases medias y de los núcleos obreros organizados. Para el mundo de la exclusión, funcionan aparatos puntuales de gobierno dedicados a negociar en situaciones de urgencia social con las organizaciones que ahí se generan desde el sismo de 1985: programas especiales de vivienda y equi-

⁹ Tokman, Víctor y Emilio Klein, *El subempleo en América Latina*, Buenos Aires, FLACSO, 1979. Véase también Hardy, Clarisa, "Estrategias organizadas de subsistencia: los sectores populares frente a sus necesidades en Chile", Santiago, Programa, *Economía del trabajo* (PET), Academia de Humanismo Cristiano, 1985 (mimeo).

pos de técnicos muy capacitados para concertar, mediar, demorar, dividir, enfrentar entre sí, cooptar, reprimir... Las políticas bajan así de las Secretarías a ciertas Direcciones, del Departamento del D. F. (la alcaldía) a las Delegaciones; del subdelegado a un ayudante; observamos, en resumen, un abatimiento en el horizonte del quehacer político. En medio de esto, las organizaciones populares corren también el peligro de caer en una mini-política (como lo ha ejemplificado Ruth Cardoso para el Brasil) y distraer la relación con sus bases por embeberse en "la concertación".

Pero del lado del mundo de la integración, observamos una tendencia hacia las alturas por parte de organizaciones y dirigencias (lo que vamos a llamar la buropolítica en el inciso 6), que eleva siempre el punto de gravitación hacia los medios parlamentarios, las diputaciones, las dirigencias partidistas, las direcciones ministeriales y de facultades e institutos universitarios, las asesorías, los reconocimientos públicos televisados, la posesión de columnas editoriales, etcétera. La aspiradora funciona así desde arriba y desde abajo: "buropolítica" e "infelizaje" (atomización anómica), y entre las dos, donde debíamos encontrar identidades intermedias consistentes no queda más que el desierto. Por esto, del lado de la marginalidad tiende a perder importancia la negociación o la confrontación con el presidente, o el discurso encendido de un diputado de oposición allá en las alturas: el asunto es abajo: "¿se hace el drenaje o no se hace?" Si no son capaces de colocarse en este nivel, los partidos aparecen "arriba" y "adentro" y el propio PRI se vuelve lento para este tipo puntual y muy tecnificado de atender demandas populares (se retrae en realidad a su función electoral). Es así como se fue gestando, a lo largo de los años ochenta, debido al afán contraccionista neoliberal, un "Estado de exclusión" como sustituto del "Estado populista" que caracterizó a México hasta el fin del *boom* petrolero.

El fin del Estado populista no significa, como veremos, el fin de la relación populista con el Estado; de manera que el desmantelamiento de los grandes faldones parterneralistas, en lugar de modernizar la articulación entre sociedad y Estado, ha venido a provocar un vacío más en el sistema político o de las intermediaciones. En una débil relación con partidos y aparatos de gobierno, el excluido tiende a pasar, sin intermediarios, de la discusión sobre el diámetro de la toma de agua a la adhesión con Cuauhtémoc Cárdenas sin gran argumentación. La casi nula tradición de partidos políticos e identidades intermedias vuelve a este fenómeno un acto prodigioso en el ejemplo mexicano. Podríamos decir, con Tironi, que en el medio excluido no se valora la dimensión representativa o "liberal" de la democracia, sino su aspecto participativo, sustantivo, la relación directa con quien tiene la capacidad ejecutiva. Así, en un momento dado, el neocardenismo a través de un nuevo líder, habría vaciado de contenido ritual y de centralidad al presidente y al PRI para desplazar estos atributos hacia un nuevo vértice (pero esto ya corresponde a la relación Estado-sociedad y volveremos al punto más adelante).

5. *Policía y pobreza*

Obviamente, no todo es concertación y anomia somnolienta, porque si algo caracteriza al mundo de la exclusión, como veíamos, es la violencia, las bandas, la confrontación y en el extremo la delincuencia. Aquí también, sin embargo, a la idea de una franca ruptura y una completa separación entre los excluidos (particularmente las bandas juveniles) y el orden de las instituciones sociales, cuyo brazo pertinente sería la institución política, habría que oponer la idea de una continuidad. Esa imagen de una guerra sin cuartel entre bandas y policías ayuda poco a entender lo que ahí pasa. Existen, es verdad, ciertas situaciones de gran confrontación: barrios de difícil acceso (aunque tal dificultad no sea reciente necesariamente), grandes unidades habitacionales en donde familias de reubicados, desalojados y damnificados viven de manera precaria, en un gran hacinamiento, etcétera. Sin embargo, el grueso de los intercambios entre policía y bandas se da en medios urbanos, también paupérrimos sin duda, pero más “regularizados”, en donde se llega incluso a establecer treguas entre bandas y policías, se dialoga con los delegados políticos, se obtiene permiso para hacer festivales de rock, se invita a los jóvenes a aprender a manejar motocicleta, montar a caballo o conducir una patrulla, con lo que obtienen su licencia de manejo con vistas naturalmente a formar parte de la “policía del barrio”. Todo ello se realiza en paralelo con su contraparte: las detenciones permanentes de grupos juveniles por patrullas y camionetas (“razzias”, “apañones”). Todo joven solo o asociado, con pantalones “entubados”, una manera característica de peinarse y vestirse, que circula por ciertas zonas de la ciudad, es “apañado” (detenido), golpeado, esculcado y convertido en delincuente más o menos peligroso dependiendo de su situación al ser arrestado, de lo que se le encuentre en los bolsillos, o de la hora y día de la semana en que sea sorprendido. Pero estas detenciones son tan cotidianas que los jóvenes ya no se dan a la fuga y menos aún confrontan a la policía. Saben que en la gran mayoría de los casos no serán presentados ante los puestos policíacos, incluso si se trata de delitos graves. La solución se da así, en el ámbito de la patrulla, el barrio y la familia, quienes aportan recursos para lograr la liberación del “chavo” y evitar su reclusión (se paga incluso con bienes intercambiables posteriormente por dinero). Podemos entonces imaginar sin dificultad una clara simbiosis entre policías y delincuencia. El joven es empujado a robar para mantener a todo este equipo de exacción de recursos que se alimenta de la sociedad integrada (de la clase media en realidad): ¿podría hablarse de algún tipo de redistribución directa del ingreso? Desde el punto de vista del neoliberalismo, los bajos salarios de la policía, así complementados, permiten sanear las finanzas gubernamentales; pero sus resultados son inversamente proporcionales en lo que se refiere a la salud pública. Entre el “chavo”, la banda, la familia, el barrio y la policía, ¿podríamos imaginar una especie de *gestalt*

anómico cada vez más característico del mundo de la exclusión? Quién sabe, pero lo que sí es claro es que se trata de un *continuum* que tampoco facilita una identidad al no generarse una confrontación con un agente represivo externo. En este panorama tiene poco sentido suspender a un policía por corrupto o ver con malos ojos a los “chavos banda” que ingresan al cuerpo policiaco. Es como desplazar, sin sentido, un poco más acá o un poco más allá la línea de separación entre el bien y el mal.

6. *Buropolitica, atomización y destrucción de las identidades intermedias*

Digamos, en fin, que quizás el mecanismo más importante de destrucción de las identidades en el mundo de los excluidos (y en este caso, también en los otros medios) ha sido la absorción de los liderazgos hacia las alturas burocráticas de la política, lo que hemos calificado como “buro-política”. Gramsci, en función de un contexto histórico muy específico hizo referencia a un fenómeno similar llamándolo *transformismo*, en “Il Risorgimento” (*Antología de Siglo XXI*, p. 486). Circunscribía el fenómeno a la separación de los intelectuales sureños de las clases subalternas.

Por su parte, Lucio Rowarick nos habla, en el mismo sentido, del interés de la burocracia estatal por incrementar ciertos conflictos y demandas que le permiten una mayor influencia en espacios políticos más amplios (“The Pathways to Encounter: Reflections on the Social Struggle in Sao Paulo”, ed. D. Slater, *New Social Movement and the State in Latin America*, CEDLA, Amsterdam, 1985). Joseph Foweraker se refiere en este mismo volumen a una “estrategia de institucionalización por parte del PRI-gobierno hacia las luchas populares” y con ello califica atinadamente a fenómenos que se encuentran dentro del mismo rango de los denotados por los términos transformismo, cooptación, buropolitización, etcétera. (“Popular Movements and the Mexican Political System: The linkages Between Popular Organization and Institutional Change”, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, marzo, 1989.)

En efecto, en sociedades como la mexicana, en donde el conflicto y los liderazgos se generan constantemente debido a la situación de atomización y, particularmente, debido a la ausencia de identidades y organizaciones intermedias (ya sea en el plano del sistema político, en el de los movimientos sociales o en el comunitario o asociativo en general), el mecanismo privilegiado de la estabilidad y del orden consiste en la destrucción, constante también, de esas constelaciones alternativas (de esas erupciones dispersas), dividiendo, encarcelando, matando, cooptando; destrucción entonces de sistemas locales de autoridad y centralización consecuente en una burocracia altamente jerarquizada y disciplinada en torno a un jefe indiscutido.

No cabe duda de que este punto engancha ya directamente con el

tema del Estado (en tanto forma específica de articulación con cada sociedad). Desarrollemos, sin embargo, una definición en torno del “fenómeno burocrático”, exacerbado en la cultura mexicana; atrevámonos a establecer la hipótesis de que constituye nuestro mecanismo de gobernabilidad (orden desde el Estado) más importante. Digamos, brevemente, que las identidades intermedias se desdibujan debido a un doble mecanismo reiterativo:

a) En primer lugar por la *dinámica hacia las alturas* que comporta los varios pasos de la vía buropolítica y que nos permite entender que no se trata de un simple voluntarismo de las dirigencias. Estamos frente a una serie de “desplazamientos” que responden a profundos mecanismos psicológico-culturales y que son reconocibles al manifestarse en las siguientes conductas colectivas de la acción sociopolítica: *primero* (para comenzar por aquí), la fascinación por “una causa”, cuyas bases son regularmente mal conocidas, pero que permiten el desplazamiento de la responsabilidad individual hacia algunos símbolos e imágenes mínimamente compartidos; *segundo*, la fascinación por el líder, el ahijamiento de una personalidad responsable por la causa, un segundo desplazamiento de las responsabilidades individuales o del grupo intermedio; *tercero*, la fascinación, perfectamente lógica: el señalamiento de cualquier disidencia como traición, de cualquier identidad intermedia y social como sospechosa: “no puede haber una tercera verdad, porque entonces, yo podría estar mal al abrazar esta causa, así que las bases están sentadas para que sea barrido el terreno que hay entremedio, el que no está dentro de las jerarquías y el disciplinamiento de nosotros o de nuestros adversarios (desplazamiento de la obligación de fundamentar los principios de mi conducta)”; *cuarto*: la fascinación por el perdón en la cúpula, por la reconciliación, una vez destruido el adversario y atomizadas o diluidas las identidades intermedias, autónomas, por la vía de la represión o el enfriamiento de las bases hacia la causa, producto del distanciamiento del liderazgo en su ascenso buropolítico (desplazamiento de las responsabilidades por parte del liderazgo triunfante al hacer compatible su proyecto con el de su adversario).

b) En esto último enlazamos con el otro aspecto de la desaparición de las identidades sociales: *el vaciamiento hacia abajo*. En efecto, las bases de una lucha social se atomizan nuevamente por la represión y/o por el alejamiento de su dirigencia hacia la buropolítica. Y es que cuando esto último sucede, regularmente aparecen las escisiones entre las jefaturas moderadas y las radicales, entre las de base y las cupulares, etcétera, y cunde el desconcierto, la desmoralización, la discontinuidad de la acción social. Todo ello se facilita debido a las alianzas tan amplias y regularmente tan disímolas de estos procesos y luchas, pues sólo acumulando fuerzas se puede confrontar un adversario tan poderoso como es el Estado en sociedades sin vocación de democracia social. La propensión natural a las escisiones, a la disgregación, a la atomización, es entonces muy grande. Por eso se puede afirmar, adelantando ideas, que el neocardenismo será fuerte sólo en la medida en que devenga Estado; parece tautológico, pero es cierto: sólo siendo más fuerte será fuerte, pues negociando y manteniéndose como oposición de largo plazo sus tenden-

cias centrífugas, las divisiones y las reconciliaciones, son peligros enormes hoy que el PRI comienza a purgar su pecado neoliberal. Pero claro, en esta misma frase entendemos por qué la lógica de la acción mexicana tiende a la confrontación, al todo o nada, al aquí y ahora: no hay identidad sin Estado.

Todo esto ya implica una cierta dosis de optimismo, pues regularmente ni siquiera se llega al punto de negociar e intentar mantenerse como oposición; la identidad es simplemente borrada por la dinámica represión → descabezamiento del liderazgo radical → cooptación del ala moderada (reconciliación) → solución de las (o de algunas) demandas.

Disponiendo el Estado mexicano de mecanismos históricamente tan acendrados, llama la atención que el neocardenismo haya crecido tanto, al punto de volver la reconciliación una maniobra sumamente compleja, la propensión buropolítica, la balcanización del adversario y la represión selectiva.

Es obvio que el mecanismo buropolítico ha sido atrofiado en el México de los años ochenta y que la élite tecnocrática en que se apoyó el presidencialismo del último sexenio encontró en el pensamiento neoliberal el pretexto perfecto para reducir la burocracia en época de crisis, para expulsar de la alianza estatal no sólo a amplios sectores de la baja burocracia, sino a todos aquellos liderazgos del PRI-gobierno susceptibles de ser acusados de tener posiciones ineficientes → integracionistas → dilapidadoras → patrimoniales → gregarias → populistas → populares; quizá formada (al igual que el equipo modernizador de Porfirio Díaz que fueron "los científicos") en la lógica del enclave minero, enriquecida gracias al control que ejercía sobre el Estado (ya que sólo desde ahí se otorgan los permisos de explotación y exportación de los metales), la tecnocracia que ascendió al poder durante el *boom* petrolero de 1976-1982 fue incapaz de compartir el poder con los liderazgos surgidos con la crisis posterior, y al no querer gastar los pocos recursos en una labor de apertura y cooptación, prefirió cerrar drásticamente el acceso al Estado con el pretexto de la jibarización neoliberal; de haber podido, hubiera acabado con la propia burocracia obrera (Fidel-CRM) y debilitado al PRI alentando la tendencia socialdemócrata, antiautoritaria, consumidora y pluralista del Partido Acción Nacional (pero cuando vio hacia 1983 que este partido cobraba fuerza en algunas regiones del país prefirió, al fin burocracia teniente del Estado, apoyarse en lo más autoritario del PRI y concentrar su vocación modernizadora, a partir de entonces, en la ejecución cibernética del fraude electoral).

Cuando los procesos de modernización, vistos como voluntarismo de los planificadores, atentan contra estos mecanismos; cuando, además, la *represión* constante y consustancial de este sistema no se asocia con su contraparte indispensable que es la *cooptación* (por la vía de la inclinación natural de los liderazgos hacia la *buropolítica*) y se genera la *exclusión* también en el nivel cupular y de las élites; y cuando, en fin, todo este mecanismo se realiza en medio de una crisis profunda de progreso, en

medio de una privación popular en lo económico y en las perspectivas del futuro, las constelaciones y los órdenes alternativos florecen prodigiosamente; como lo dice François Furet, pensando en la Revolución Francesa: Luis XVI deja de estar en el centro, bascula el orden y un imaginario colectivo se organiza en torno de otros principios: se altera la jerarquía de "los santos"...; y no es casual el paralelismo con Francia tan centralizada, tan masiva, tan atomizada, tan debilitada en sus órdenes intermedios, tan alterada por los planes modernizadores y por el hambre... y tan eruptivamente jacobina.

V

EL ORDEN ESTATAL

Sólo en este contexto se entiende el otro gran fenómeno que hemos vivido los mexicanos y toda la región latinoamericana recientemente, y para muchos aún incomprensible: esa especie de regreso del populismo. Aquí también habrá que encontrar una conceptualización precisa para evitar empantanarnos en discusiones antiguas y para no caer inocentemente en las imágenes anatematizadas, sin éxito, por el neoliberalismo.

En efecto, este ascenso de lo popular y su liderazgo concomitante lo hemos podido observar con gran nitidez, primero, en el Perú y ahora en México con Cuauhtémoc Cárdenas, pero muchos indicios nos permiten formular la hipótesis de que se trata de un fenómeno que se extiende con fuerza por toda América Latina.

Alfonsín en Argentina se ve desbordado por el peronismo, Carlos Andrés Pérez hace un regreso triunfal en Venezuela, pero es inmediatamente vetado por esa masa desbordada y atomizada ante sus primeras medidas neoliberales; y otros líderes populistas, en ocasiones francamente decadentes, son capaces de triunfar electoralmente frente a los candidatos de la modernización, como sucedió en São Paulo y en otras partes del Brasil. Por su parte, Tironi descubre entre los pobladores chilenos una clara preferencia hacia los líderes autoritarios distributivistas del tipo Frei, y no tanto de su sucesor Allende, por sobre las representaciones partidarias, sindicales y otras formas de intermediación.

Y cómo dudar de que eso está pasando: de que hay un debilitamiento de los precarios órdenes intermedios de estas sociedades en tránsito acelerado hacia el estancamiento, en favor de la relación líder-masas, pretendidamente más directa, en donde por masa hay que entender un agregado inorgánico de individualidades y manifestaciones atomizadas con débil integración, contradictorias y discontinuas. Mejor hablar de una relación líder-masas, o popular nacional, que de populismo, pues como recuerda atinadamente Joseph Foweraker, en muchos ejemplos de América del Sur, el populismo significó fortalecimiento de órdenes intermedios de representación (partidos, sindicatos...) al lado del desorden de la crisis

oligárquica, sin duda. Ante el estancamiento económico y la ausencia de movilización global, prevalecen las formas de integración anómica, el retraimiento en el individuo o en el pequeño grupo, situación tan fácil y acriticamente integrable a cualquier "causa" gracias a su fascinación por el liderazgo.

Así, la situación de emergencia de lo popular no tiene un correlato organizativo, sino una debilidad en la integración de sus órdenes intermedios, un débil sentimiento de pertenencia al grupo, una situación de cada quien para sí mismo y de todos contra todos; se vuelve difícil en esta panorámica construir o conservar los lazos comunitarios y asociativos en el medio barrial, ejidal, en las cooperativas, en las coordinadoras sindicales o urbano-populares, en las comunidades eclesiales de base o en los órganos de defensa de la calidad de la vida. Y rinde pocos frutos, incluso, la actividad de partidos y agrupaciones políticas y culturales llevada a cabo, con muchos esfuerzos, en el seno de las capas más precarias: el hombre fuerte, el líder máximo, "tendrá que encontrar una solución, y a él apuesto".

Más que populismo, entramos de lleno en el terreno de las teorías sobre la sociedad de masas, en las teorías de los comportamientos políticos que derivan de la atomización. Éstos, naturalmente, son muy variados dependiendo de cada tipo de conformación histórico-social y de cada tipo de orden estatal, y pueden ir desde el bien conocido desbordamiento espontáneo y masivo del orden (como el Bogotazo, los pobladores de Santiago en 83, Río y São Paulo en 1984), pasando por la masa apática y despolarizada, hasta llegar, incluso, a constituirse en bases reales de la estabilidad y de un orden "manipulado" desde un liderazgo o desde una burocracia altamente centralizada.¹⁰

Weffort, nos dice Touraine, señala que "la democracia no puede construirse si, detrás del arreglo institucional, no recibe sangre y vida a través de los movimientos sociales, y lo mismo piensan la Izquierda Unida en el Perú, los varios MAPUS y la Izquierda Cristiana de Chile, el FUT ecuatoriano".

Pero el mismo autor nos recuerda que poco a poco los latinoamericanos han sido convencidos por el argumento de que "los grupos urbanos trabajan más fácilmente con el Estado que con los partidos de oposición para conseguir una escuela, una posta de asistencia pública, pavimentación, defensa policial, etcétera." Esto demuestra, concluye Touraine para nuestra sorpresa, que no hay respuesta ni solución en los llamados movimientos sociales urbanos...¹¹

¹⁰ Pierre Birbaum, "Mobilisations, structures sociales et types d'Etat", *Revue française de sociologie*, julio-sept., 1983, véase también Tilly, Ch., *From mobilisation to revolt*, Rading, Addison-Wesley, 1978; Moscovichi, S., *L'agedes Fouels*, Fyard, 1981; Theda Skocpol, *States and Social Revolution*, Cambridge Univ. Press, 1979; Hannah Arendt, *Le système totalitaire*, París, Le Seuil, 1972; Kronhauser, W., *The Politic of Mass Society*, Illinois, 1959, The Free Press of Glencoe.

¹¹ Touraine, *Proposiciones*, núm. 14, Revista del Instituto SUR, Santiago, 1988.

No son los movimientos y luchas sociales, no son los órdenes comunitarios o asociativos y tampoco parece ser el sistema político en sus manifestaciones partidistas, parlamentarias, frentistas o sindicales, las esferas de expresión socio-política privilegiadas por esta crisis de progreso, sino más bien los grandes perdedores. Como dice Tironi: "El aislamiento de los individuos y la segmentación de la sociedad en grupos primarios obliga a que sea el Estado quien centralice las relaciones sociales, en particular concentrando en sus manos las comunicaciones y las decisiones colectivas. En efecto, una sociedad atomizada, carente de grupos secundarios, de asociaciones intermediarias o corporaciones, en los hechos delega su unidad a la institución estatal y está inerme frente a ella. En estas condiciones, el Estado es libre para manipular a la población sin que nada amenace su independencia; todavía más, tenderá a ganar mayor autonomía profundizando la atomización de la sociedad".¹²

Y ya llegados a este punto es imposible dejar de plantear el problema con toda claridad: ¿no será la vía populista, digamos, este renacimiento de la relación popular-nacional la única forma "sana" de integración en la crisis? Qué horror haber dicho esto hace quince años, y sin embargo hoy no suena tan mal o, al menos, tan desautorizado por los fenómenos que están ante nuestros ojos.

Y es que, en efecto, ¿desde dónde, si no desde un Estado movilizador, sería posible articular manifestaciones que por momentos aparecen como atomización o individuación anómica, que amenazan también con explosiones espontáneas y radicales de violencia, que se refugian, cuando aún les es posible, en la comunidad y las identidades restringidas, que tienden a ser atraídas por el consumismo clasemediero, anti-autoritario y anti-nacional en ocasiones? Entre la violencia desorganizada, el retraimiento anómico, la apatía atomizada y la tendencia de nuestras sociedades a ahondar las desigualdades entre el mundo de la exclusión, una clase media en decadencia y una minoría privilegiada, el regreso sorprendente del monstruo paternalista-autoritario comienza a rebelarse como una solución de continuidad, cohesión nacional y reconstrucción de las identidades mucho más sana que el abandono en que el excluyente Estado neoliberal ha sumido a la pedacería social latinoamericana en su obsesión por parar la inflación, reconvertir la industria, pagar la deuda, hacernos competitivos en mercados excluyentes y todo eso para volver a crecer, como si el crecimiento del PIB erradicara las desigualdades sociales y contribuyera a la integración más sana de nuestras sociedades.

Quién puede dudar de que hubiera sido mucho mejor para los latinoamericanos un tipo de sociedad fuerte en sus organizaciones intermedias, que facilitara el engrandecimiento de la personalidad de cada individuo, la interacción en el más alto nivel de racionalidad, como lo quiere Habermas, o el interés colectivo de la Polis evocado por Castoriadis, que

¹² Eugenio Tironi, "Para una sociología de la decadencia", *op. cit.*, p. 15.

hiciera corresponder a agregados socio-económicos con organizaciones o partidos políticos y con ideologías o proyectos de sociedad futura; que cultivara, en resumen, unas instituciones estables tanto sociales como en el plano de las representaciones políticas. Pero lo que ha sucedido es que no nos estamos acercando ni a una democracia asentada en la sociedad civil (aunque fuera como resultado de la lucha conflictual de las clases) ni a una con predominancia de la sociedad política (partidos, parlamentos o grandes fuerzas corporativas), sino que la predominancia parece favorecer, en el mejor de los casos, a la lógica masivo popular, popular-estatal o popular nacional, como se le quiera llamar. Sería también engañosamente armónica la imagen de una democracia popular con su correlato jacobino. El esquema se ordena más bien alimentado por todos los referentes organizativos aludidos más arriba, pero en donde la relación Estado-masas parece adquirir una centralidad relativa. No sé si el ejemplo sea generalizable, pero en 1988 hemos visto el desmantelamiento del aparato político con pretensiones modernizadoras y corporativas más importantes y de más larga data en América Latina: el PRI-gobierno mexicano. Y ha sido vaciado en contra de la modernización neoliberal que lo hegemonizó aparentemente y en contra de los privilegios corporativos supuestamente obreros, campesinos y populares y en nombre del pueblo por el hijo de Lázaro Cárdenas al crear un antipartido político con su renuncia al PRI y al hacer un llamado, *sin mediaciones*, a los desposeídos, a la clase media en decadencia, a los nacionalistas opuestos al pago de la deuda, a los sectores universitarios ilustrados inconformes con el "elitismo" en medio del "infelizaje popular" y a todas las organizaciones, individuos, corrientes, poblaciones, ejidos, colonias y entidades humanas que están hastiados de vivir la vida en estas condiciones.

VI

LOS AGREGADOS Y LAS CIFRAS

Para hacer más aceptable lo hasta aquí argumentado habría que responder a dos series de objeciones: *en primer lugar*, a la tesis según la cual el neo-cardenismo sería el resultado de un *reordenamiento* de la sociedad civil en contra del Estado-PRI, hecho posible gracias a la mejor articulación entre los movimientos sociales, las organizaciones populares intermedias, por un lado y, por otro, las organizaciones políticas (los partidos principalmente); *en segundo lugar*, habría que responder al problema de que, incluso si el neo-cardenismo no fue el resultado de una progresión como la enunciada, de todas maneras su orientación espontánea sí tuvo como resultado un reordenamiento en la sociedad civil y en la sociedad política y hoy se cierra una primera fase en tal sentido con la creación del Partido de la Revolución Democrática (PRD).

Con respecto a lo primero: ¿hasta qué punto Cuauhtémoc Cárdenas fue el candidato de la sociedad desorganizada? Sin pretender que las cifras

electorales tengan una correspondencia nítida con las categorías sociales (pues la gran masa de votantes priistas y cardenistas es la misma), algunos señalamientos son altamente reveladores, al grado de que se podría afirmar que mientras Clouthier fue el candidato de la *sociedad integrada*, Salinas lo fue de la *sociedad tradicional pobre* y Cárdenas, en efecto, de la *sociedad desorganizada* o, digamos, de la más golpeada por el referido doble desorden.

1. Con respecto a Salinas, nos limitamos aquí a recordar lo dicho por la Fundación Rosenbleuth que, después de un análisis estadístico, concluye: “no resulta alejado de la verdad decir que Carlos Salinas fue esencialmente ‘el candidato de los pobres’, pues los mayores porcentajes de votación para este candidato y los que decidieron su predominio están relacionados con las actividades agropecuarias y el bajo índice de urbanización, los bajos ingresos (por debajo de los salarios mínimos, típicos de las zonas rurales) y una deficiente infraestructura básica en servicios (vivienda, agua y luz que reflejan carencias en educación, comunicaciones y salud).” Sin duda, esto refleja un manejo fraudulento de las cifras, pues el que la abstencionismo en “áreas de la Sierra Tarahumara y de la Selva de Chiapas sea tan reducido como el de Noruega y Holanda, resulta un tanto ofensivo para la población”.¹³ Sea como sea, lograr una votación tan elevada en esas regiones (fraudulenta sin duda) no deja de mostrar un predominio igualmente elevado del partido del gobierno y de los otros aparatos públicos como la SEP, el IMSS, la CONASUPO, el BANRURAL, etcétera.

Sin embargo, exagerar el referente rural-paupérrimo del salinismo sería incorrecto pues, como nos lo recuerda el estudio citado, en las áreas urbanas y semi-urbanas obtuvo cerca del 50% de los votos (no así en las metropolitanas, en donde sólo se allegó el 34%).¹⁴ Esto por sí mismo le habría asegurado el triunfo, pero “se hubiera tratado de una mayoría relativa”.¹⁵

Se podría concluir, sin embargo que el prisma comienza a aparecer como un espectro con tendencia a la polarización: de un lado, fuertemente marcado por lo rural-tradicional-paupérrimo; de otro lado compuesto por un núcleo duro altamente influyente que sería la alta burocracia o clase política, los grupos cúpula del poder económico con el ejemplo nítido del monopolio televisivo (no así con los del empresario medio más panista) y por las cúpulas obreras (no por sus bases, pues las zonas industriales votaron: 16% Salinas, 22% Cárdenas, 26% Clouthier). Lo más moderno, los grandes aparatos de la dominación pública y privada (para hablar un poco en términos habermasianos) por un lado y, en el otro extremo, el mayor atraso, la pobreza, la tradición y la incultura: ésa sería la tendencia predominante del partido del Estado.¹⁶ Así, todas aquellas identidades colectivas

¹³ *Geografía de las elecciones presidenciales de México*, 1988, Fundación Arturo Rosenbleuth, noviembre 1989, pp. 16-17 y 46.

¹⁴ La distribución era: metropolitana, urbana, semiurbana, rural y dispersa, *idem*, pp. 18-23 y 30.

¹⁵ *Idem*, p. 13.

¹⁶ Los resultados de la encuesta dirigida por Miguel Basáñez unos días antes de las elecciones no desmienten lo aquí dicho (ver cuadro 1).

intermedias y con cierta autonomía (sobre todo los basistas no asentados en el tradicionalismo campesino e indígena), estarían abandonando el PRI, pues el principio de funcionamiento (de existencia) de este aparato, estaría basado en la destrucción de todos esos espacios de identidad social por la vía de la burocratización de los liderazgos y la pulverización (atomización) de las bases.

2. El neo-cardenismo (en particular el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas) es el catalizador de ese enorme remanente en aumento que la modernización en crisis ya no absorbe ni en términos objetivos, ni como ideología del progreso: Cuauhtémoc fue mayoritario en 100 de los 300 distritos electorales; de esos 100, la mitad corresponde a la ciudad de México y su área conurbada (37 de 40 en el D. F.).

El resto, como anota la Fundación Rosenbleuth, está fuertemente relacionado con "la figura del general Lázaro Cárdenas, que apareció con inusitada fuerza en algunas regiones del país, directamente ligadas a la obra del ex-presidente, tanto durante su gobierno como en etapas posteriores de su vida, como La Laguna (2 distritos), el estado de Michoacán (12 distritos, inseparables, también, de la gubernatura de Cuauhtémoc), Baja California Norte (4 distritos), el estado de Oaxaca, en donde trabajó sus últimos años, la Costa Grande de Guerrero (2 distritos), y algunas zonas de los estados de Veracruz, Guanajuato e Hidalgo identificadas como zonas petroleras" (otros distritos mayoritarios fueron 4 de Morelos y 8 del Estado de México).¹⁷

Pero regresando al dato significativo referente a los 50 distritos electorales ganados en la ciudad de México y su área conurbada, un hecho debe ser destacado: "la simpatía que Cuauhtémoc Cárdenas logró obtener entre la población joven de las áreas urbanas y que terminó inclinándose a amplios sectores de la población urbana, incluyendo a los de altos ingresos"¹⁸ (no es aquí el momento para desarrollar este tema, pero no cabe duda de que el movimiento estudiantil que arrancó en el año de 1986 y que fue heredero del desorden sismico del 85, rompió, a través de su discurso, la confianza en la ciencia y la técnica, en el eficientismo y en la excelencia en que se apoyaría el discurso modernizador del salinismo durante su campaña electoral posterior; en esa medida se puede hablar del fenómeno CEU-cardenista).

Con objeto de ponderar estas afirmaciones, debemos tener presente en todo momento que el grueso del voto para Cuauhtémoc Cárdenas provino de zonas en las que no fue mayoritario (60% de sus votos).

Se puede afirmar, hechas las salvedades, que: 1) el voto por Cárdenas fue predominantemente urbano (70% en las zonas en que obtuvo mayoría contra un 33% de Salinas); pero a pesar de todo, Salinas obtuvo 4 millones 150 mil votos en zonas urbanas contra 3 millones 800 mil de Cuauhtémoc; 2) las zonas en que ganó Cuauhtémoc se caracterizan por tasas de crecimiento demográfico del 4.2% anual, contra un 2.5% de aquellas en las que ganó Salinas (importante indicar en torno al "doble desorden"); 3) las

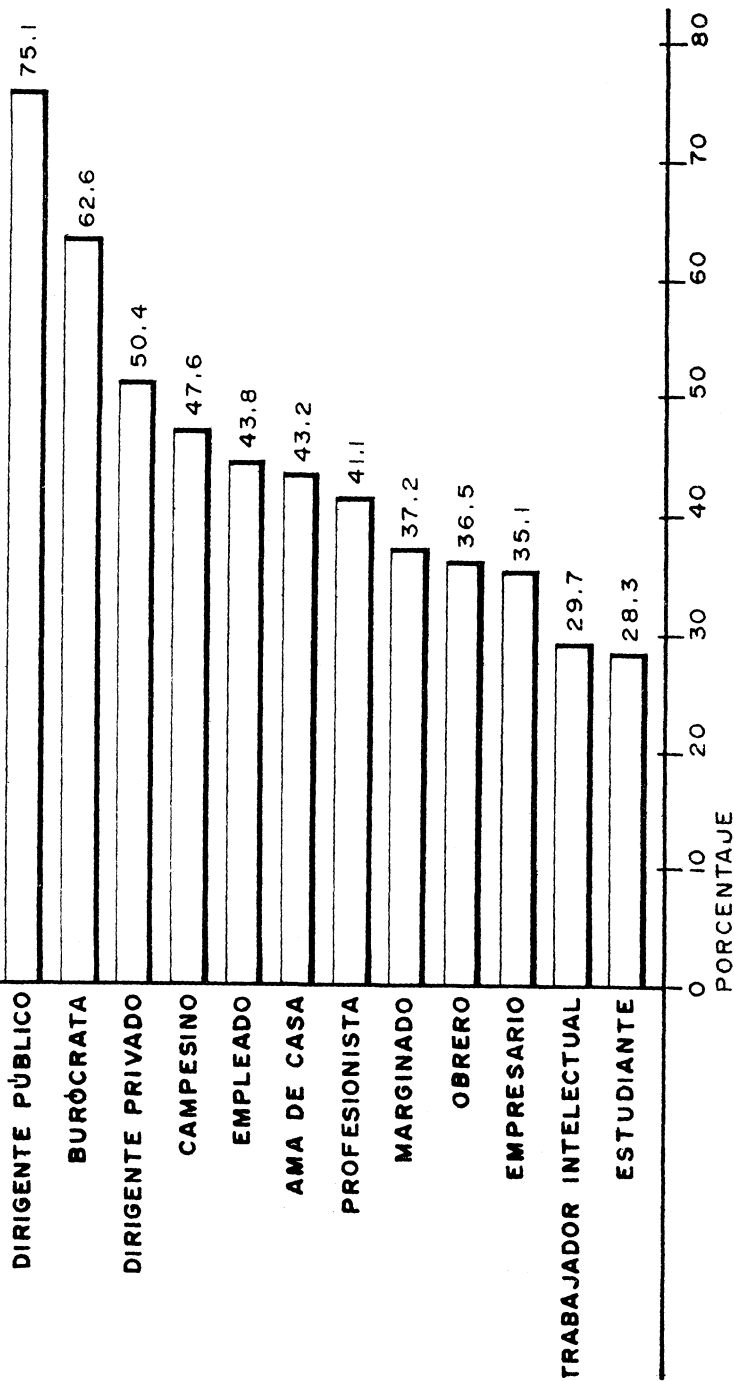
¹⁷ *Idem*, p. 19.

¹⁸ *Idem*.

CUADRO 1

COMPOSICIÓN SOCIAL DE LOS PARTIDOS

¿QUIÉNES SON LOS PRIISTAS?



zonas en que predominó Cuauhtémoc son agropecuarias en 13% e industriales en 22%, mientras que estas proporciones para Salinas son 38% agropecuario y 16% industrial, 4% y 26% para Clouthier;¹⁹ 4) mientras que el 83% de los sufragantes a favor de Salinas tenía un ingreso de dos salarios mínimos o menos, para Cárdenas el porcentaje es de 69%;²⁰ 5) el 92% de los votantes de Cárdenas tenía viviendas con energía eléctrica y sólo el 61% de los de Salinas; en el caso del agua potable, las cifras son: 87% Cárdenas, 45% Salinas.²¹

En una generalización sin duda extrema podría decirse que las bases sociales del neo-cardenismo son: *a*) la gran bolsa en crecimiento de la desintegración social y de la exclusión (predominantemente urbana, en consecuencia); *b*) el cardenismo histórico (La Laguna, Michoacán, las zonas petroleras, etcétera); *c*) un significativo conjunto de sectores medios que habría que estudiar con más cuidado, pero entre los que ya destacan con nitidez los más ilustrados (trabajadores intelectuales, profesionales y estudiantes) y, muy probablemente, algunos grupos asalariados medios públicos y privados abatidos en su nivel de vida por la crisis y los recortes presupuestales (voto de protesta contra el PRI-gobierno, en este último caso).

Los resultados de la encuesta de Miguel Basáñez es también ilustrativa en torno a los votantes cardenistas (ver cuadro 2).

3. Que el PAN es el partido de *la sociedad mejor integrada* no cabe ninguna duda, y su 17% de votos obtenidos no es un mal reflejo de la magnitud del México que puede ser así caracterizado. No se trata sólo de una integración al mundo moderno del consumo, de la moda y de la electrónica (a juzgar por la nutrida votación en las tres grandes áreas metropolitanas del país así como en Sinaloa, Baja California, Sonora, Chihuahua, etcétera), sino también al mundo tradicional, bien integrado en sus valores, que podríamos relacionar gruesamente con Guanajuato, San Luis Potosí, Jalisco y Yucatán.

Los datos respaldan este juicio: 1) el porcentaje de sus votos en áreas urbanas y metropolitanas es de 90%, frente a 33% de Salinas y 72% de Cárdenas; 2) existe una estabilidad en el voto si se le compara con los resultados electorales de tres años atrás; 3) las tasas de crecimiento promedio de las zonas panistas (3.5) son menores a las de Cuauhtémoc; 4) recibió un apoyo francamente raquítico de los trabajadores del campo: 4% (38% Salinas, 14% Cárdenas); 5) "los distritos en donde más apoyo obtuvo resultaron ser esencialmente zonas industriales (con un PEA industrial del 20.5%), muy superior al de las zonas donde triunfaron Cuauhtémoc y Salinas y con una tendencia clara al aumento. Algo similar, aunque más errático, pasa con la población dedicada a servicios".²² 6) Entre la población con menos de un salario mínimo, Clouthier obtuvo sólo el 23% de su vota-

¹⁹ *Idem*, pp. 18, 23 y 30.

²⁰ *Idem*, pp. 18 y 23.

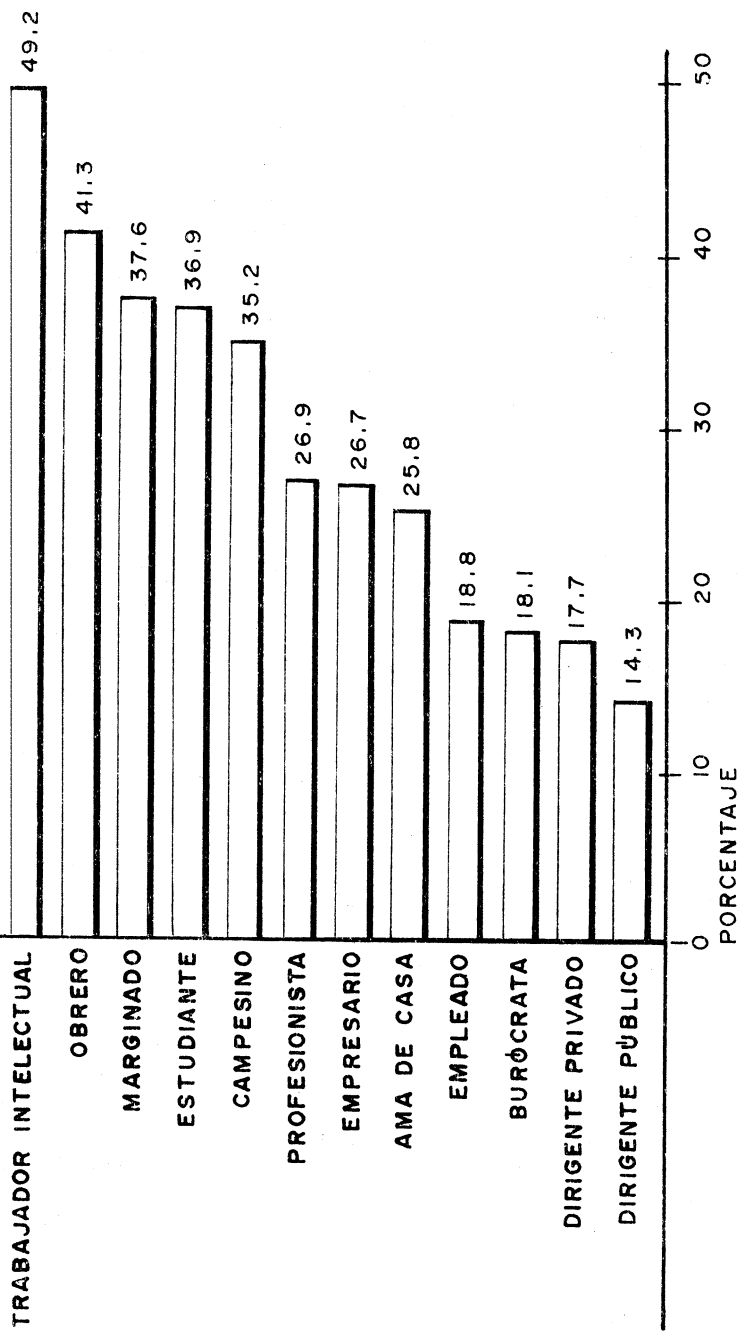
²¹ *Idem*, pp. 18 y 23.

²² *Idem*, p. 29.

CUADRO 2

COMPOSICIÓN SOCIAL DE LOS PARTIDOS

¿QUIÉNES SON LOS CARDENISTAS?



ción frente al 48% de Salinas. Sin embargo, entre el cardenismo y el panismo no hubo diferencias marcadas en función de los servicios básicos con que contaban las viviendas (luz y agua).

“Es importante observar, nos dice el estudio de la Fundación Rosenbleuth, que la naturaleza de los votantes por el PAN corresponde totalmente al discurso del partido cuyas tesis políticas han estado centradas en el adelgazamiento del gasto público con objeto de controlar la inflación y dando más juego a la libre empresa, discurso que es de suma importancia para el pequeño y mediano empresario, para el comerciante y para el profesional independiente, para los empleados de grandes comercios y de las instituciones financieras, generalmente de corte más conservador que las industriales”.²³ La encuesta de Miguel Basáñez vuelve a ser, en fin, ilustrativo al respecto (ver cuadro 3).

VII

BUROPOLÍTICA Y ATOMIZACIÓN SOCIAL

La segunda objeción planteada también es importante, pues establece que el neocardenismo, a pesar de ser heredero de la desorganización social y de la pérdida de identidades intermedias, ha redundado en formas organizativas y de identidad que podrían constituir una alternativa más “sana” ante la pedacería social que la crisis y el neoliberalismo han provocado.

La amplificada “visibilidad” de los partidos de la oposición, el inusitado protagonismo de los actores y fuerzas parlamentarias y lo familiar que ya nos resulta el trajín cotidiano de ciertos movimientos sociales, de sus dirigencias y de sus símbolos (sindicatos de costureras, de músicos, de Aero-México, Asamblea de Barrios, Central Única de Damnificados, CONAMUP, CEU, Superbarrio, etcétera), ejemplificaría bien la argumentación en contra de un creciente desorden social en nuestro país.

Es prematuro establecer juicios categóricos a este respecto; sin embargo, había que mesurar nuestro optimismo por las siguientes razones:

a) En primer lugar, cabe establecer la hipótesis de que los votos recibidos por los partidos políticos de la oposición fueron, en un altísimo porcentaje, votos emitidos a favor de la persona de Cuauhtémoc Cárdenas, en tanto líder, y en pequeña medida votos a favor de las organizaciones que postularon su candidatura (quizás la única excepción fue el electorado del PMS, pero este partido, poseedor de la identidad menos deshilvanada de la coalición que apoyó a Cárdenas, recibió un porcentaje de votos inferior al de anteriores contiendas electorales).

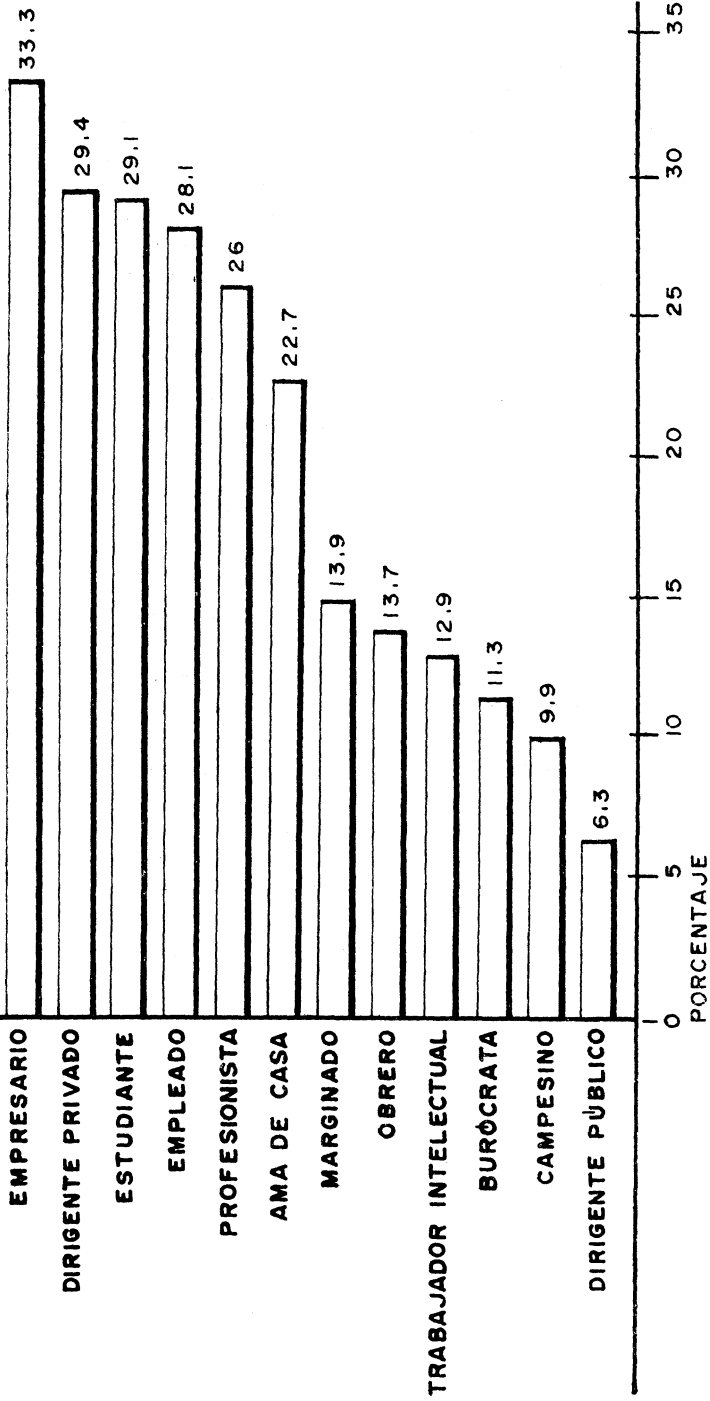
Así, la “visibilidad” parlamentaria posterior al 6 de julio sería más un resultado sorprendente de la legislación electoral que el producto de una relación orgánica entre el legislador y la sociedad, vista ésta como electorado, movimientos sociales, organizaciones, etcétera (sobre todo porque el

²³ *Idem*, pp. 29 y 30.

CUADRO 3

COMPOSICIÓN SOCIAL DE LOS PARTIDOS

¿QUIÉNES SON LOS PANISTAS?



grueso de los diputados de oposición son plurinominales y no están ligados a una región; raramente representan, pues, a un agregado social definido).

b) Mencionemos rápidamente que uno de los problemas más serios de la relación líder-masas, cuando el líder no está en el poder, es la enorme dificultad para mantener unidos a los integrantes de la amplia alianza disímbola y casi siempre súbita y espontánea que constituye el motor de estas expresiones. Convertir el fenómeno cardenista que culminó el 6 de julio de 1988 en un partido político se ha vuelto una tarea delicada: privilegiar la distribución geo-electoral, la de las fuerzas, organizaciones y movimientos socio-políticos, la de las organizaciones y partidos que constituyeron la alianza electoral original, alentar un nuevo núcleo dirigente restringido, pero más maniobrable, alguna otra forma e incluso todas juntas, no es tarea fácil; cada una de sus partes tiene sus costos, ya que no son fuerzas orgánicas ni ideológicamente definidas; y en esa medida, la débil alianza está constantemente amenazada por las ofertas de reconciliación, a cambio de pequeñas parcelas de poder, venidas desde el Estado. Así, las escisiones y la dispersión están comenzando a ser, en efecto, una realidad en el movimiento cardenista.

Pero que estas organizaciones, fuerzas y partidos políticos actúen con esa veleidad y esa autonomía, sin temor a ser cuestionados y enjuiciados por sus seguidores, por la crítica o por la opinión pública, no es un asunto exclusivo de nuestro país.

En efecto, debido a la polarización y a la heterogeneidad propias de la situación de tránsito acelerado del último medio siglo desarrollista y debido al fin abrupto del proceso de modernización; o, digamos en una palabra: debido al doble desorden a que hicimos referencia, las categorías socio-ocupacionales (clases obreras, burguesías, campesinado, sectores medios, etcétera) se han mostrado incapaces, a partir del quiebre del orden oligárquico, y lo son hoy más que nunca, para establecer identidades consistentes, para devenir actores que, como en el esquema capitalista clásico, puedan defender sus intereses, articularlos con una ideología acorde con sus metas y organizar sus formas de representación política de manera que logren aumentar su influencia. Como lo ha establecido Alain Touraine, en América Latina no se aplica el "principio de representatividad" según el cual la ideología representa una fuerza política que corresponde a su vez con una categoría social. La acción colectiva se vuelve entonces una combinación abrigada de orientaciones clasistas, modernizadoras-democratizantes, nacional-populares, comunitario-defensivas, etcétera. En estas obligaciones, las fuerzas propiamente sociales pierden consistencia, amplitud y continuidad (devienen fácilmente alianzas enormes y, en esa medida, aparecen endeble y discontinuas), su acción tiende a beneficiar a los aparatos de representación y a las dirigencias, y por lo mismo la acción social tiende a subordinarse a la acción política. Pero hay algo más: *los actores políticos así producidos tienden a volverse autónomos*, a no representar más a los actores sociales, se vuelven parte del sistema político. De ahí la poca importancia

que tienen los movimientos o partidos solamente de clase, únicamente nacionalistas o únicamente modernizantes. Los partidos políticos importantes tienden a combinar todas esas dimensiones y, *como su referente social es tan disperso, tienden más bien a identificarse con el Estado.*

c) Sin embargo, en el caso mexicano esta autonomización de los actores políticos (grupos, corrientes, partidos . . .), con respecto a los referentes sociales que dicen representar, y su identificación con el poder del Estado, en tanto único punto desde donde se domina una planicie social tan extremadamente heterogénea, se ha visto redoblada por el fenómeno ya descrito de la buropolítica. En efecto, dado que el Estado mexicano, a diferencia del resto de América Latina, se ha mantenido históricamente como un actor muy poderoso e indiscutido, sin duda por la endémica debilidad de las fuerzas colectivas en el plano propiamente social, se exagera la propensión de todos los actores políticos y liderazgos hacia las alturas, hacia la autonomización. Vista desde esta perspectiva, la buropolitización de la acción social mexicana habría funcionado históricamente como un intercambio: el líder ofrenda al poder la organicidad de sus bases sociales, acepta que éstas sean desorganizadas y pulverizadas en sus identidades; y el poder, a cambio, asegura el ascenso burocrático del líder y le allega los medios de su prestigio y su confort. Cada vez que un actor social se ha opuesto a esta regla de obediencia y ha querido mantener su autonomía y su identidad en tanto cuerpo social independiente, el Estado lo ha destruido por la violencia: electricistas, transportistas y petroleros en 1948-49; ferrocarrileros en 1958-59; médicos en 1965; estudiantes en 1968; electricistas en 1976; sindicatos universitarios en 1977; universidades de provincia y movimientos regionales en 1983; petroleros en 1989.

Por eso es ridículo hablar en México de un Estado corporativo (con excepción quizás de algunos cuerpos empresariales, financieros y de comerciantes), pues que las cúpulas sindicales y otros liderazgos se enquisten en las alturas con una obediencia ciega al Estado no quiere decir para nada que puedan reconstruir una relación orgánica con los cuerpos que dicen representar. Muy por el contrario, se encuentran separados de esos cuerpos, que no son cuerpos sino pedacería y atomización, desidentidad, y en eso radica el éxito buropolítico de esos liderazgos. En Argentina puede caer Perón y venir muchos regímenes más y veremos a los sindicatos peleando por imponer sus intereses y acantonados en su corporeidad con una cierta coherencia y continuidad en el tiempo. En México, el Estado puede decapitar al sindicato petrolero, uno de los más autónomos y mejor organizados, hay que decirlo, y atornillarle una nueva dirigencia al gusto del presidente de la república, sin que los trabajadores petroleros puedan hacer nada efectivo para impedirlo. La idea del corporativismo debe ser sustituida por la idea de la buropolítica.

Esto viene al caso porque una cultura tan ancestralmente arraigada no se sustituye así nada más. Baste al respecto analizar el endeble enganche que la gran mayoría de las fuerzas cardenistas guarda con respecto a los

actores sociales; pero incluso cuando esa relación existe, viene al caso subrayar la gran cantidad de tiempo que los representantes comienzan a invertir en reuniones políticas, en discusiones tendientes a la reorganización y en organigramas mostrando las jerarquías y los puestos a ocupar, discusiones en torno a la correcta plataforma político-ideológica, etcétera, como si antes de ganarse las elecciones tuviera que ensayarse ya la composición del futuro Estado.

Hasta aquí, el asunto no es extremadamente grave y es lo propio de las organizaciones políticas perder contacto con las bases en nombre de las cuales hacen política. Pero el asunto se enrarece francamente al constatarse que, paralelamente a toda esta actividad fundacional del Partido de la Revolución Democrática, el trajín cupular se ve redoblado cuando, en nombre de la "concertación", los liderazgos aceptan formar parte, al mismo tiempo, de una infinidad de foros promovidos por el gobierno contra el que dicen dirigir su quehacer político y los encontramos así participando en consultas populares, consejerías, coloquios sobre este o aquel tema, consejos consultivos del D. F., de Educación, de Salud, de Pesca, de Educación Superior, nuevos periódicos, revistas, programas televisivos, centros de estudios, etcétera, promovidos por el gobierno, sin olvidar a quienes aceptan puestos de altas responsabilidades en el gobierno y quieren seguir representando a agregados sociales de base de la oposición. Toda esta nueva reconciliación de los contrarios que en México se llama ahora "ideología de la concertación" (mecanismo privilegiado de destrucción de la identidad colectiva de los movilizados), se está convirtiendo, en nuestro caso, en un nuevo canal de ascenso buropolítico. Digamos, en fin, que: una vez más, concertación sin cultivo de la organicidad de las bases sociales no constituye más que un acto de buropolítica pura.

El peligro sería entonces que estemos viendo nacer, con el neocardenismo, un segundo canal de ascenso buropolítico, no tanto alternativo sino simultáneo, que permite a ciertos actores servirse indistintamente de ambas vías en su ascenso, pero cuya función redundará en lo mismo: absorber hacia arriba los liderazgos y a los grupos de intelectuales, hacia los foros prestigiados, televisados, comentados por la prensa y por la radio hasta volverlos extraños completamente con respecto a lo social y a las identidades colectivas que alguna vez los vieron nacer. Para el Estado, ésta es una de las formas más baratas de reconstruir la gobernabilidad y de mantenerla, después del terrible sobresalto que le produjo el movimiento CEU-cardenista, debido al exceso de soberbia neoliberal al haber descuidado la ley de la buropolítica como principio intocable del orden estatal.

En esta medida, la identidad, la continuidad y la consistencia del "fenómeno cardenista" no estarían tan claramente aseguradas y el cardenismo continuaría siendo básicamente una expresión del desorden, de la relación atomización social-líder; de dudosa capacidad para proponer salidas para esa desdichada situación de anomia...